

**FRANZ TAMAYO**  
**CREACIÓN**  
**DE LA PEDAGOGÍA**  
**NACIONAL**

**Ensayos críticos a cien años**



*Rolando Barral*  
*Blithz Y. Lozada*

*Víctor G. Prado*  
*Jesús Taborga*

## CONTENIDO

- 5 **DESMITIFICANDO ÍDOLOS**  
Una presentación cuasi atrevida  
*Daniel Averanga Montiel*
- 9 **LA "PEDAGOGÍA" DE FRANZ TAMAYO**  
**A CIEN AÑOS DE SU PUBLICACIÓN:**  
**CRÍTICA A ALGUNOS DE SUS TÓPICOS**  
*Víctor G. Prado*
- 45 **RACISMO Y COLONIALISMO**  
**EN EL PENSAMIENTO PEDAGÓGICO BOLIVIANO**  
**FRANZ TAMAYO**  
*Rolando Barral Zegarra*
- 53 **EN TORNO A LA OBRA PEDAGÓGICA**  
**DE FRANZ TAMAYO**  
El planteamiento pedagógico en manos del  
intuicionismo vitalista  
*Jesús Taborga*
- 67 **CRÍTICA IRREVERENTE**  
**¿CREACIÓN DE LA PEDAGOGÍA NACIONAL?**  
**FRANZ TAMAYO**  
*Rolando Barral Zegarra*
- 99 **LA RAZÓN Y LA RAZA EN FRANZ TAMAYO**  
*Blithz Y. Lozada Pereira*





# La razón y la raza en Franz Tamayo

Lic. Blithz Y. Lozada Pereira, M.Sc.<sup>1</sup>

Tamayo vivió en un tiempo de acontecimientos decisivos de la historia de Bolivia que todavía hoy, un siglo más tarde, influyen en la configuración de los rasgos políticos, ideológicos y culturales del país. Habiendo nacido el mismo año de la confrontación bélica con Chile que despojó a Bolivia de las costas del océano Pacífico, Tamayo fue un actor político, intelectual y literario que se desarrolló con soltura y profundidad, con intensidad y magnificencia en distintos escenarios. Se trata de los espacios y los momentos que, a lo largo de una vida de 77 años, constituyeron importantes cuadros de la historia contemporánea de Bolivia, como la Revolución Federal, la Guerra del Chaco y la Revolución Nacional.

En varios escenarios, Tamayo desplegó una personalidad poliédrica y una cultura oceánica: sus posiciones políticas e ideológicas fueron inquebrantables; la calidad de su pensamiento erudito, inverosímil; la claridad y energía de sus posiciones, envidiable; su estilo polemista, devastador; sus intereses personales, comprometidos incondicionalmente con el país; el valor de su lírica, el máximo de nuestra literatura; además de la inigualable versatilidad de su producción en la que destacó con un brillo indeclinable, más por la formación autodidacta que desplegó desde su niñez.

Un personaje de tales dimensiones difícilmente podría eludir el giro especular de la egolatría. En efecto, el pensador paceño no fue la excepción. Por ejemplo, en el folleto que respondió a la “biografía fantástica” que Fernando Diez de Medina publicara en 1942, obra que Tamayo detestó y pulverizó, llegó a afirmar: “¡la sociedad paceña soy Yo!”, enfatizando su *ego* con mayúscula y signos de admiración. En tal texto titu-

---

<sup>1</sup> Blithz Lozada estudió Filosofía, Economía, Educación y Ciencias Sociales. Ha obtenido títulos de maestría en Filosofía, Ciencias Políticas y Gestión de la Investigación Científica. Es docente e investigador de postgrado y pregrado en las Facultades de Humanidades y Derecho de la Universidad Mayor de San Andrés. Tiene 16 libros y ha publicado en revistas especializadas o presentado a congresos o a eventos nacionales e internacionales, 39 artículos científicos. Es miembro de número de la Academia Boliviana de la Lengua.

lado *Para siempre*, pocas páginas antes escribió de manera metafórica, que su invulnerabilidad se debía a la grandeza inconmensurable de sí mismo: “por mucho que se escupa sobre la montaña, el Illimani es inmaculable”<sup>2</sup>.

La metáfora orográfica es, sin duda, la que más le gustaba para identificarse a Franz Tamayo. Diez años antes de la publicación del folleto referido, pese a que fuera declarado por el Consejo Municipal de La Paz, persona indigna de representar al pueblo, publicó el poema en el que se compara a Olympio.

Lo más probable es que se trate del personaje poético de Víctor Hugo, personaje intimista y reconcentrado con quien se identificó el escritor francés; sin embargo, es posible también que sea una referencia divina a Zeus Olímpico, o un símil telúrico que sugiere pensar en Olimpia: el santuario griego dedicado a la adoración de los dioses con tesoros magníficos como templos, monumentos, altares, teatros, ofrendas y estatuas de oro, bronce y mármol. En verdad, la producción intelectual de Tamayo, pese a que los últimos años de su vida transcurrieron en el retiro que él mismo se impuso y sin publicaciones, se compara al recinto que concentró la mayor riqueza de la antigüedad clásica:

Yo fui el orgullo como se es la cumbre  
y fue mi juventud el mar que canta.  
¿No surge el astro ya sobre la cumbre?  
¿Por qué soy como un mar que ya no canta?  
No rías, Mevio, de mirar la cumbre,  
ni escupas sobre el mar que ya no canta  
Si el rayo fue, no en vano fui la cumbre,  
y mi silencio es más que el mar que canta.

Aparte de su descollante y cimera producción intelectual, que Tamayo haya sido un personaje histórico, protagonista importante de la política de Bolivia, ha dado lugar a críticas, a la minimización de su valor y a demeritar sus logros. Probablemente, esto se haya debido a las posiciones ideológicas que sostuvo, a sus actuaciones públicas, al estilo *sui géneris* de su personalidad, a su carácter radical y a la forma en que presentaba y defendía sus ideas con un lenguaje enérgico, maniqueo, absoluto e impermeable, sea que se trate de posiciones políticas polémicas que él consideraba dilucidadas por su discurso, o, sea que exprese sus inspiraciones líricas de innegable valor estético.

---

<sup>2</sup> Editorial Juventud. La Paz, 1987, pp. 57 y 47 respectivamente. También en la obra de 1924 publicada como *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*, Tamayo escribió: “La palabra más profunda de todas las lenguas, yo.” Cfr. *Franz Tamayo: Obra escogida*. Selección, prólogo y cronología de Mariano Baptista Gumucio. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979. 2º Fasc., p. 162.



*Este otro Tamayo, presidiendo el Parlamento.....*

Por ejemplo, es interesante que el texto *Tamayo rinde cuenta* permite adivinar la agresividad con la que se vertieron críticas en su contra, en torno a los asesinatos de noviembre de 1944 durante el gobierno de Gualberto Villarroel.

También es conveniente puntualizar que el ex candidato a la Presidencia de la República por el Partido Radical, elegido democráticamente en 1934, catorce años antes, aceptara ser representante del país para reclamar ante la Liga de las Naciones de Ginebra una solución al enclaustramiento marítimo, a partir de un nombramiento efectuado por la junta republicana golpista presidida por Bautistas Saavedra. Es paradójico por lo demás, que en ese contexto, el filósofo que glorificara la energía y la fuerza del “carácter nacional”, redactara con premura una demanda de revisión del Tratado de 1904, victimizando a Bolivia y argumentando contra la guerra y sus amenazas<sup>3</sup>.

La obra de Franz Tamayo publicada durante 12 semanas seguidas en 55 artículos del periódico *El Diario*, entre julio y septiembre de 1910 y que posteriormente fue conocida como *Creación de la pedagogía nacional*, dio lugar a análisis diversos sobre temas relacionados con la educación del indio, su alfabetización en castellano, la misión histórica del mestizo y la inocuidad del blanco americano.

En otras obras, Tamayo presentó ideas concernientes al carácter nacional, la construcción de un destino estratégico para el país, las premisas de nuestra propia civilidad y la fuerza puesta por la energía de la raza indígena. Con reflexiones teóricas de distinta procedencia, consideraciones de contexto, puntualizaciones filosóficas, educativas e históricas, la obra pedagógica de Tamayo rebosa de un contenido *racista*. Un contenido de importantes influencias, tanto a nivel político, como a nivel ideológico; y que no está exento de producir hoy, efectos peligrosos, contrarios a la paz y la democracia.

Para que el indio se formara, pensaba Tamayo, era imprescindible redefinir las pautas éticas del comportamiento colectivo, orientando la educación y la pedagogía nacionales según dicho cambio. Se necesitaría, pues, que las clases pudientes se reeducaran para dirigir, cultivar, formar y gobernar la energía nacional. En una actitud paternalista, Tamayo instó a que “todos los que por la ley, por la sangre, por la educación, por las costumbres y a veces por la sola casualidad, están por encima del indio autóctono”<sup>4</sup>; esto es, quienes fueran más inteligentes y más cultivados, superaran el abismo que los sepa-

---

<sup>3</sup> Haciendo referencia a un texto de Juan José Vidaurre (*Puerto para Bolivia*, p. 110), Jorge Escobari Cusicanqui dice que la demanda boliviana ante la Liga de las Naciones no fue apropiadamente redactada por Tamayo, no se preparó el ambiente ni su recepción, y se la presentó en el momento menos oportuno. Cfr. *Historia diplomática de Bolivia*, Tomo I. La Paz, 1978, p. 128.

<sup>4</sup> *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XIX, p. 65.

raba de los indios<sup>5</sup>. Pero esta superioridad resultaba sólo aparente. En verdad, pese a la diversa composición étnica de Bolivia, la raza indígena sería la única que, según la opinión del pensador paceño, gracias a su presencia en la historia y a su acción sobre la naturaleza, haría posible que hablara del “carácter nacional”<sup>6</sup>.

Resultaba necesario cultivar el “carácter nacional”. La pedagogía que respondiese a este imperativo concentraría su atención en la energía, en la fuerza de *nuestra* sangre y en la voluntad de *nuestra* alma colectiva. Trataría de enriquecerlas, de realizar el potencial de la energía india, de extremar la fuerza todavía latente de la sangre nativa y de alcanzar la plenitud del alma colectiva. El *carácter nacional* expresaría la energía y, en Bolivia, la raza depositaria de dicha energía, casi en su totalidad, sería la del indio. Tales proposiciones quedarían abundantemente evidenciadas, según el argumento de Tamayo, en el curso de la historia<sup>7</sup>.

La opinión del pensador boliviano sobre la alfabetización del indio empleando la lengua española indica que esta tarea se presentaba como compleja, necesaria e insuficiente. Entre sus obras como intelectual se cuenta la traducción que hizo en 1910, del libro de Ernst Wilhelm Middendorf, *Introducción a la gramática aymara*.

---

<sup>5</sup> “He aquí que en la actualidad de cosas que el Estado debe al indio y que el Estado rehúsa al indio está la instrucción primaria. (...) La instrucción primaria supone antes otra cuestión más trascendente, tal vez porque se refiere a la formación de nuestra nacionalidad misma: la difusión de la lengua española entre los indios, problema del que nadie habla ni encara seriamente. Para aprender a leer y escribir precisa saber antes hablar y comprender la lengua.

Pero se dice o se pretende tácitamente que enseñando a leer y escribir, se enseña también la lengua española. (...) Ahora bien, la cuestión de alfabetismo indígena supone la de hispanización del indio; y ésta, según nuestro entender y nuestras experiencias, sale, debe salir del marco estrictamente pedagógico, y caer de lleno en el terreno de las costumbres... La sola manera eficaz de difundir la lengua española entre los indios, es acercarlos de una manera constante y consciente, al elemento, no diremos español, pero que habla y posee normalmente, la lengua. Sólo este contacto y este constante comercio puede asegurar una gradual y segura difusión de la lengua. (...) La cuestión de instrucción primaria en Bolivia es una social y ética”. Ídem. pp. 63-5.

<sup>6</sup> “No porque seamos un compuesto o un producto de diferentes elementos étnicos debemos o podemos aceptar que no existe, tratándose de nosotros, carácter nacional. Desde que hay nación, esto es, desde que hay un grupo humano que permanece en la historia y genera en la naturaleza, dentro de un marco de condiciones especiales, propias y permanentes, entonces hay raza, y entonces, hay carácter nacional”. Ídem. Cap. X, p. 35.

<sup>7</sup> En el editorial del 2 de agosto de 1910, Tamayo escribió: “...el indio es el verdadero depositario de la energía nacional; es el indio el único que, en medio de esta chacota universal que llamamos república, toma a lo serio la tarea humana por excelencia: producir, producir incesantemente en cualquier forma, ya sea labor agrícola o minera, ya sea trabajo rústico o servicio manual dentro de la economía urbana...( ...) en todas las grandes actitudes nacionales, en todos los momentos en que la república entra en crisis y siente su estabilidad amenazada, el indio se hace factor de primer orden y decide de todo. Queda, pues, establecido que en la paz como en la guerra, la república vive del indio, o muy poco menos”. Ídem. Op. Cit. Cap. XVII, pp. 57-8.

Es notorio el interés de Tamayo por contribuir a la normalización de la lengua aymara; sin embargo, estaba consciente de que dicha labor lingüística de contenido erudito no afectaba, en lo más mínimo, la vida y el vigor de la mencionada lengua. La lengua aymara sería brillante por sí misma y Tamayo la aprendió gracias a su madre que fue, según él mismo, una “india soberbia” y gracias a que su padre fuera un propietario latifundista que tuvo a su servicio a centenares de pongos aymaro-parlantes en un sistema económico secular, extendido y anquilosado<sup>8</sup>.

En el editorial del 15 de septiembre de 1910, Tamayo expresó que el aymara guardaba su lengua atesorándola, junto a sus costumbres, métodos, tradiciones y dieta. La lengua aymara, a la que calificó de *grande y asombrosa*, constituiría para él, un “castillo de piedra” donde la raza aymara se recluiría.

Una fortaleza que le permitiría realizar su espíritu rudo, callado, impenetrable y enigmático, hablando sólo para sí mismo y para sus congéneres de raza. El indio no tendría, en este sentido, la disposición espontánea para aprender el español y si lo hiciera, vertería su indeleble personalidad en tal aprendizaje, consciente de que su sangre no podría perderse en mezcla pródiga alguna. Se trataría de la perseverancia histórica de la raza india expresada en la constante unión de su alma al ser de las montañas inexpugnables levantadas alrededor del altiplano<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Según Mariano Baptista Gumucio, Franz Tamayo dominaba desde su infancia el idioma aymara debido a que pasó varios años en las propiedades altiplánicas de su padre ubicadas en los departamentos de La Paz y Oruro. La propiedad más grande, Quena Amaya, habría tenido, según Baptista, doscientas mil hectáreas y alrededor de 200 colonos. Las otras propiedades, también con pongos aymaro-parlantes, fueron Coniri, Yaurichambi y Chacoma. De su madre, Baptista indica que fue una india aymara. El aymara habría sido, en consecuencia, la lengua materna del pensador paceño. Cfr. el “Prólogo” a *Franz Tamayo: Obra escogida*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977, pp. X, XIII y XVII.

En su obra de 1946, *Para siempre*, Tamayo afirma que su madre fue una “india soberbia” aunque no señala si quechua o aymara. La emparenta con igual grandilocuencia, a la sangre imperial de los constructores de Palenque (los mayas), de Tiahuanacu (los puquina), y de Huiñay Marca (los incas). Editorial Juventud. La Paz, 1987, p. 61. Por su parte, Fernando Diez de Medina en su libro *Franz Tamayo: Hechicero del Ande* dice que el padre de Franz, Isaac Tamayo, pertenecía a la mejor sociedad de ascendencia hispana, conservadora, colonial, aristocrática y católica. Dueño de extensos latifundios se casó con una niña de igual condición social, aunque no económica. Sin embargo, el orgullo, la misantropía o el despecho de don Isaac, hizo que se separara de su esposa para luego convivir con una “mujer autóctona”: la madre de Franz Tamayo. Editorial Juventud, La Paz, pp. 32-4.

<sup>9</sup> Tamayo escribió: “...el aymara guarda sus costumbres, sus métodos, sus tradiciones, su dieta, su lengua, su grande y asombrosa lengua que es como un castillo de piedra en que se encierra su rudo y personalísimo espíritu. Porque hay que advertir también que no es el aymara que ha ido al español, sino éste a aquél, y que son los otros quienes aprenden la lengua india, y no el indio la de los demás... Una grande sangre sabe inconscientemente que sólo puede perder mezclándose, saliendo de sí misma y prodiéndose. Esta persistencia que es la forma más aguda de la acción aymara se manifiesta en todos terrenos, pero sobre todo en aquellos que demandan particularmente una virtual constancia y perseverancia... Es el alma invencible sobre la montaña inexpugnable... Esto es bastante para explicar la historia y para preparar el porvenir”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XLIX, pp. 170-1.

En el altiplano, el alma del indio sería como los Andes: extraña y difícil, magra, vasta y solitaria. El alma de la raza india sería impenetrable e inaccesible, amurallada por cumbres que le obligarían a vivir en sí y para sí misma, concentraría sus energías interiores de forma tan poderosa, que llegaría inclusive a desmedrar la inteligencia. El aymara sería un ser deprimido por las apariencias pero comprimido en la realidad<sup>10</sup>, un espíritu claustro consciente de su superioridad evidenciada en su fuerza muscular y en su paciencia extraordinaria. La tierra habría endurecido gradualmente los sentimientos del indio, lo habría hecho desconfiado otorgándole su propio silencio: el silencio andino<sup>11</sup>.

El alma de estos montes  
se hace hombre y piensa.  
Tramonta un ansia inmensa  
los horizontes,  
y en luz huraña  
más de una sien transflora  
una montaña!<sup>12</sup>

Que el indio no se aproxime espontáneamente a la lengua española y que a veces tenga que aprenderla forzado por las circunstancias, evidenciaría, para

<sup>10</sup> “El indio es un deprimido aparente y un comprimido real. Guardaos de un desdoblamiento de fuerzas y un despliegue de actividad en el indio. No se puede poseer, entre otras cosas, la paciencia y la musculatura aymaras sin ser algo verdaderamente superior y extraordinario. La tierra excepcional ha hecho también una raza excepcional. Pero el indio calla, y este callar engaña a los necios”. Ídem, Cap. XLVI, p. 160.

<sup>11</sup> A esto Guillermo Francovich denomina “la mística de la tierra”, es decir que el paisaje, lo telúrico, tendrían una especie de espíritu que actuaría “sobre el hombre creando formas de vida individuales y sociales”. Véase *La filosofía en Bolivia*. Editorial Juventud, La Paz, 1998, pp. 227 ss. Francovich cita de Tamayo que “la tierra se estudia en la raza” y que aquélla “hace al hombre”: “no sólo es el polvo que se huella, sino el aire que se respira y el círculo físico en que se vive”. La cita es del Cap. XLIII de la *Creación de la pedagogía nacional*.

Por su parte, el joven filósofo boliviano, Marvin Sandi, en *Meditaciones del enigma*, considera que la actitud metafísica del hombre andino ante el ser le obliga a callar. En oposición al hombre occidental que orientaría su existencia en hacer, transformar y utilizar la naturaleza, el hombre andino aprehendería el enigma del ser integrándose con el mundo en el *silencio*. Cfr. Editorial del Seminario de Estudios Hispanoamericanos. Madrid, 1966.

<sup>12</sup> Se trata del verso titulado “Metangismo”. Véase *Scherzos*. Editorial Juventud. La Paz, 1987, p. 273. En la misma obra se encuentran los versos titulados “Signum vitae” – signo de vida- y “El último huayño”, pp. 262 y 252, respectivamente:

Dintorno cordiforme  
del virgen suelo!  
Dio en horóscopo el cielo  
rúbrica enorme.  
Délfico y pindio  
será el compás de Apolo  
en puño indio!

Guarda la tierra larvas  
y el aire giros.  
Pasan leves suspiros  
y sombras parvas.  
Así al destino  
canta el último huayño  
el cierzo andino!

Tamayo, su profunda rebeldía y tozudez. En esto, el indio andino se parecería a los ingleses: jamás llegarían a pronunciar una lengua extranjera como es correcto, con la pureza y la precisión del tono. Siendo que el lenguaje pone en evidencia la visión del mundo de los usuarios de una lengua. Por otra parte, Tamayo pensaba que “en la construcción de la lengua hay un reflejo de la arquitectura del mundo”<sup>13</sup>, la tozudez indígena para preservar la arquitectónica aymara, inclusive cuando el aprendizaje de la lengua española era inevitable, permitiría advertir la *inferior* inteligencia del indio comparada a la inteligencia del europeo.

Tal inferioridad tendría importantes consecuencias, tanto sobre la enseñanza de la lengua española, como con relación a la pedagogía nacional que debería comenzar a “instruir” al indio<sup>14</sup>.

Sin embargo, Tamayo creía captar intuitivamente otros rasgos psicológicos de la raza indígena. Si bien el indio no sería notablemente inteligente, en oposición a los detractores de su raza, habría que reivindicar, para aplicar sobre él una pedagogía apropiada, que habría tenido siempre notables concepciones e inventiva, habría comprendido siempre recta y directamente, incompleja y sanamente, toda forma y todo principio de causalidad. Además, la inteligencia del indio carecería, según el pensador paceño, de pasión y sentimiento; no gozaría del placer directamente, siendo para el indio, secundaria e instrumental en comparación con los intereses por la vida.

La inteligencia india, según Tamayo, sólo suputaría y evaluaría probabilidades de éxito o ruina de la existencia. Se trataría de una inteligencia más volitiva que intelectual y que habría formado en los mejores tiempos de las razas autóctonas, estrategas, legisladores, ingenieros, profetas, edificadores de imperios y rectores. Se trata de la raza de un espíritu similar a la raza del faraón

---

<sup>13</sup> Fragmento de un proverbio publicado en 1924 en la obra *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. 2º Fasc. *Franz Tamayo: Obra escogida*. Op. Cit., p. 147.

<sup>14</sup> “Ya se ve el lado débil de la pedagogía del indio: la inteligencia... bien se sabe que el lenguaje es una de las más directas y genuinas manifestaciones de la vida cerebral. La fisiología y la patología del lenguaje son característicamente cerebrales. Ahora bien, no hay indio puro que, por más de haber aprendido el español desde la primera infancia, llegue jamás a pronunciarlo con la pureza y precisión de tono y acento que el mestizo o el blanco. En esto como en muchos otros puntos, la personalidad india se acusa con tal intensidad y con tal fuerza, que sólo es comparable a la del inglés: bien se sabe lo rebelde que es éste a la total y completa asimilación de una lengua extranjera; el inglés, hable lo que hable, y hable como hable, se queda siempre inglés...”

En este sentido, la pedagogía del indio es cosa más bien difícil. Existe una especie de nativa inaccesibilidad en la poderosa y personal naturaleza del indio. Toda cultura es un desgaste; diríamos, toda cultura es escultura; y el alma del indio parece hecha del granito de sus montañas. Esta es su dificultad y su grandeza... El indio pide más una enseñanza, el cholo más una educación: éste sería el verdadero matiz psicológico y pedagógico de ambos. Lo que hay que impedir es que la enseñanza comporte para el indio una desmoralización, como ha sucedido hasta ahora”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XXXVII, p. 124.

Sesostris I en Egipto, y parecida, por su simplicidad y grandeza, a la raza de los romanos<sup>15</sup>.

Por otra parte, la inteligencia del indio habría sido superior a la del blanco y del mestizo por lo siguiente: habría poseído siempre pocos, fundamentales y eficientes criterios sobre los que apoyaría su vuelo ideal; habría utilizado un pensamiento simple, recto, justo y fuerte, como elemento de cálculo. Su acción cerebral se habría dado articulada invariablemente a la intelección de la cosa misma, exenta de las taras, psicosis y neurastenia de otras razas<sup>16</sup>.

Dado que “toda educación es una educación”<sup>17</sup>, instruir al indio, según Tamayo, no implicaría enseñarle las normas cultas de la lengua española. Si la educación abarcaría aspectos cognitivos, axiológicos y técnicos; la instrucción del indio se limitaría sólo a la reproducción de habilidades y capacidades; en este sentido, la enseñanza de la lengua tendría que estar dada según tal propósito. Sería absurdo suponer que el indio estudie el español con la finalidad de convertir dicha lengua en un instrumento de conocimiento científico o cultural, dando lugar a que, posteriormente, la lengua sea un fin de estudio en sí misma.

La instrucción del indio con el empleo del español debía tener en cuenta que no sólo en Bolivia, sino en América, la afirmación del castellano bárbaro sería un destino inevitable ya advertido en 1924. En efecto, Tamayo escribió que esta lengua híbrida y original, terminaría “por crear una grande lengua propia, en su esencia ininteligible para España”, puesto que la relación entre

---

<sup>15</sup> “La inteligencia no es la facultad eminente y dominadora del indio. En vano se buscará en la raza los matices típicos de una inteligencia superior, como se la encuentra en otras estirpes (...). Lo que se podrá encontrar en el indio retrospectivamente, son tal vez estrategos, legisladores, ingenieros..., profetas tal vez edificadores de imperios, rectores de razas, y nada más, o poco más. Buscad en el alma primitiva del indio algo de la simplicidad y grandeza romanas, algo del espíritu sesóstrico; pero nunca el histrionismo del gréculo decadente o el hedonismo del muelle bizantino. Eso no existe en el indio de hoy ni en el de ayer, y es en esto justamente que se diferencia su humanidad de la histórica civilización desarrollada en la taza del Mediterráneo... Una extraña rigidez y una superior severidad ha debido ser siempre el fondo de la naturaleza interior del indio”. Ídem. Cap. XXXI, pp. 104 y 106.

<sup>16</sup> “En la cosa inteligida, el indio no ve más que la cosa y no sufre de esa dispersión de fuerzas atentivas que tan frecuentemente se encuentra en nuestra modernidad. Ahora bien, esa unidad de la acción cerebral, que es más hecha de voluntad que de pensamiento, constituye la calidad típica del pensamiento indio. Pueden los psicólogos profesionales sacar ahora la consecuencia de una calidad semejante. Todas las taras y vicios modernos, neurastenia, desviaciones mentales, psicosis, etc., no existen para el indio. Su salud mental es una de las cosas más admirables que hemos visto. El equilibrio es tan perfecto que su función, aunque primitiva y elemental, es muy superior a la del cholo y a la del blanco americano: de tal manera posee el orden de la manera funcional y no del alcance intelectual”. Ídem. Cap. XXXII, p. 109.

<sup>17</sup> Fragmento de un proverbio publicado en 1924 en la obra *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. 2º Fasc. Op. Cit., p. 145.

los hispano-parlantes americanos e ibéricos, ya se daba según la constante: “ni nos entienden ni les entendemos”<sup>18</sup>.

Ante tal situación, en opinión de Franz Tamayo, nuestro idioma tendría que “matematizarse”; es decir, debía formalizarse si quería, como las lenguas nórdicas, ganar en precisión y orden. La lengua española, según él, tendría demasiado follaje, no se habría desarrollado cerca de sus raíces, y la abundancia de sus manifestaciones exuberantes habría creado dos reacciones a cual peor y más riesgosa.

Por una parte, el intento ibérico por petrificar la lengua mediante el purismo inmovilizador, con el riesgo de matarla. Y, en segundo lugar, el esnobismo americano que la desorganizaba mezclándola con el francés, frecuentemente la desnaturalizaba.

Tamayo consideraba que una educación culta despertaría la conciencia intelectual. Sin embargo, los intentos de alfabetización del indio, la instrucción de las primeras letras, no habrían motivado en él una fuerza volitiva ni intelectual, no lo habrían hecho más fuerte aunque tampoco, felizmente, más vicioso. Si no supiese leer ni escribir, situación generalizada a principios del siglo XX, el indio no se envanecería de nada, ni desearía nada que estuviese relacionado con algún texto escrito.

En los casos en los que el indio se comunicara en español, pensaba Tamayo, dicha comunicación sería aparente. En verdad, prevalecería en su alma un *yo* interior hermético. Finalmente, si el indio sabría leer y escribir, entonces, sin duda, se avanzaría en el objetivo de construir una “comunidad nacional”, pero el costo implicaría perder las características raciales más valiosas.

Según Tamayo, la escuela de las primeras letras volvía a los indios personas ventajistas -como los cholos- motivándoles a que abandonen sus virtudes raciales de sobriedad, paciencia y trabajo. Si bien leer y escribir para un indio representaría dejar el contexto de paupérrima miseria en el que vivía, lo convertiría también en un simio vicioso, ambicioso e insustancial, ávido apenas por llegar a ser un votante más en el país<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> Ídem. Véanse los proverbios de las páginas 156, 153, 148 y 164, respectivamente. Las últimas citas corresponden a un proverbio de la página 170.

<sup>19</sup> En el editorial del 5 de agosto de 1910, Tamayo escribió: “...el indio, como no sabe leer ni escribir, no presume nada, no tiene ciudadanía de qué envanecerse, ni posee el signo civilizador (...). Su naturaleza está intacta de la influencia de la letradura, que... no lo ha hecho aún más fuerte; pero tampoco lo ha hecho aún más vicioso. Conserva sus virtudes ingenuas y limitadas (...). El indio vive en un exilio ideal. Trata con todos, pasa por las ciudades, se codea con las leyes que lo lastiman siempre, con los hombres, que lo explotan siempre; pero en el fondo, a pesar de esa comunicación aparente, queda su *yo* interior eternamente incomunicado (...). ¿Y la instrucción primaria? Cuando el indio la adquiere, es el primer paso que da hacia la comunidad nacional. Pero... el indio letrándose, pierde gran parte de sus virtudes fundiales en cambio de las ventajas personales y sociales que adquiere... El indio que ha pasado por la escuela, ha sufrido... la pérdida de las virtudes características de la raza: la sobriedad, la pa-

En consecuencia, para Tamayo, la “ciencia” y el arte de la pedagogía nacional se plasmarían respecto al indio, instruyéndole para que perfeccionara sus aptitudes y habilidades, habida cuenta de la necesidad de precautelar sus virtudes raciales. El proyecto nacional debería considerar, en este sentido, las limitaciones intelectuales del indio, posibilitando que llegara a lo que podía ser de manera plena: un excelente soldado, minero y agricultor<sup>20</sup>.

Por lo demás, instruir al indio en su propia lengua no sería conveniente. Aparte de las dificultades concernientes a la enseñanza de una lengua que no habría alcanzado la estandarización ni la normalización, Tamayo hace referencia a cómo los franceses de Canadá, habiendo conservado y usando la lengua francesa, habrían perdido irremisiblemente el espíritu de sus antecesores. En efecto, pese a que preservarían las cualidades morales heredadas de Europa, habrían perdido las cualidades intelectuales y las formas ideales que caracterizan la esencia de Francia<sup>21</sup>.

Como lo más importante, la pedagogía debería encauzar la energía de la raza india para beneficio de la nación boliviana, liberando al indio de la exclusión secular que gravitó sobre él. Que aprenda a leer y escribir tendría valor civilizatorio sólo si la pedagogía valorara y encauzara la vitalidad y la energía de la raza india según consideraciones *objetivas*.

Así, no tendría caso esperar que el indio mostrase trascendencia imaginativa, que fuese capaz de especular en la ciencia o en el arte, que elaborase sofismas o falacias, que constelase espíritus culturales originales, o que efectuase agudezas del ingenio. Pese a que las lenguas autóctonas americanas tendrían en su “alma”, según Tamayo, similitudes con las lenguas de origen indoeuropeo, a la inteligencia del indio le estaría vedado el vuelo ideal y filosófico, la duda metódica, la actitud crítica y también el sufrimiento que es generado por el pensamiento existencial. Toda pedagogía del indio debería considerar tan importantes limitaciones<sup>22</sup>.

---

ciencia, el trabajo..., luego acepta el nuevo régimen; y luego se hace del ser infinitamente grave y respetable que era a los ojos del sabio, el jímio vicioso, ambicioso e insustancial que es el elector boliviano en su gran mayoría”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XX, pp. 68-9.

<sup>20</sup> “¿Qué se debe hacer del indio? Su tradición y su natural inclinación le llaman hacia la tierra. Será siempre un agricultor de buena voluntad, mucho más si llega a conocer los modernos procedimientos. La fortaleza de su cuerpo lo capacita para ser un excelente minero. Su gran sentido de régimen y de disciplina, su profunda e incomparable moralidad hacen del indio un soldado ideal, probablemente como no existe superior en Europa. Soldado, minero, labrador, esto es ya el indio, y lo es de manera inmejorable, en cuanto puede serlo alguien que lo ignora todo, y de quien nadie se cura sino para explotarle. Una educación sabia debería desarrollar estos tres tipos de hombre en el indio”. Ídem. Cap. LII, pp. 180-1.

<sup>21</sup> Ídem. Cap. XLIV, p. 152.

<sup>22</sup> “Lo que podríamos llamar la trascendencia imaginativa de la intelección, no existe en el indio... En vano buscaríamos en él los arabescos ideales en que naturalmente se enreda, en la especulación científica o artística, nuestro pensamiento moderno. Ni la más

La instrucción primaria que el Estado debería desarrollar en torno al indio enfrentaría, en primer lugar, según Tamayo, el problema de la lengua y; por otra parte, la escasa atención a algo que realmente importaba: la formación de los educadores. Respecto del primer problema, Tamayo lo resolvió con el cambio de actitud de mestizos y blancos respecto al indio. Además de alfabetizarlo en español preservando e impulsando el crecimiento de sus virtudes raciales, morales e intelectuales; aparte de la acción institucional de la escuela formal para dotarle de las primeras letras, se requeriría una nueva ética concerniente al comportamiento colectivo. Se necesitaría una actitud diferente de la sociedad que reconociese la dignidad y el valor del indio.

Sobre el segundo problema, la formación de los educadores, las críticas al bovarismo y al cretinismo pedagógico pusieron en evidencia que la pedagogía verdaderamente *nacional*, debía, ante todo, reivindicar, formar, orientar, cultivar y dirigir la energía de la raza india para beneficio de la vida nacional. Y ésta sería una labor, en orden de responsabilidad, primero, de los gobernantes encargados de diseñar los centros de formación de maestros rurales y; en segundo lugar, de los maestros que se desempeñarían en el campo.

Así, disponiéndose de los recursos económicos suficientes, se debería, según Tamayo, encomendar la labor de instruir a los indios, a quienes valorasen la energía de la raza y dispusieran de la suya propia. Lo que estaría en juego sería el cambio de las políticas educativas siempre demagógicas, de las visiones miopes de los pedagogos y del desempeño mediocre de los educadores mestizos. Los nuevos formadores civilizarían al indio incentivando el orgullo por sus raíces, sus logros y su fuerza, desarrollando su voluntad y motivando su amor por la acción, y por superarse constantemente, luchando para vencer y vencerse con audacia y autocontrol<sup>23</sup>.

En 1924 Tamayo escribió: “Unos estudios son más didácticos, otros más disciplinarios; aquéllos edifican la ciencia en el entendimiento, éstos mode-

---

remota huella de sofismo griego, de *concetti* italiano, de *esprit* francés, de agudezas españolas. Todo eso que es como el desarrollo excesivo e hipertrófico de una facultad, no existe en la naturaleza íntegra y fuerte de su pensamiento (...). La inteligencia india parece haber estado antes en posesión de pocos criterios, fundamentales y eficientes, y sobre que se apoyaba todo su vuelo ideal. Lo que llamamos criticismo, duda filosófica, y que se ha traducido en el moderno tormento del pensamiento encarnado en Faustos y Manfredos, parece no haber significado nunca cosa alguna para el indio... El *pathos* moderno no existe en el cerebro del indio”. Ídem. Cap. XXXII, p. 108.

<sup>23</sup> En el editorial del 1º de septiembre de 1910, Tamayo escribió: “...lo que hay que dar al indio, al darle la letadura, es sobre todo, respeto, justicia, dignidad, nuestra consideración y nuestro amor, pensando que en muchos sentidos su miseria es nuestra obra, y que su resurrección es nuestro salvamento. Es entonces que la pedagogía india tendrá un sentido real y positivo (...). ¿Se comprende ahora dónde buscamos las bases de nuestra pedagogía? No en las fórmulas librescas y plagiarías; pero en el esfuerzo nacional, en la energía constante e infatigable, en el trabajo de todos para todos, en la buena voluntad, en el calor del alma patria, en la fuerza y potencia de nuestra sangre... ¿Es útil la ciencia europea? Tanto mejor; pero sola jamás bastará para edificar nada en nuestro suelo ni en nuestra conciencia”. Ídem. Cap. XXXIX, p. 134.

lan el carácter en la conciencia. Lo objetivo y utilitario de unos se contraponen a lo subjetivo y hegemónico de los otros; y una relación de polaridad se establece entre la didascalia pragmática y la educación trascendental<sup>24</sup>. Es decir, la instrucción específica del indio debería ser pragmática para formar excelentes soldados, mineros y agricultores, preservando las cualidades de la raza india, entre ellas la de ver las cosas con objetividad y utilitarismo.

La pedagogía indígena, desarrollada con amor y paciencia, debía ser instructiva y profiláctica, orientada a las artes y los oficios y a despertar la inteligencia nativa<sup>25</sup>. También debería tender a erradicar del carácter del indio, el aislamiento morboso, su concentración interior y su tendencia a tener un sentimiento antisocial. Así, el indio podría llegar a ser, según Tamayo, explorador, matemático, constructor, ingeniero, maestro de escuela, sargento, lugarteniente o subjefe; e inclusive, probablemente, con una educación apropiada y posterior, buen capitán, hombre de estado, gobernante o patricio.

Sabiendo que Bolivia detentaría la energía de la raza indígena, la pedagogía que se debería desarrollar para el país, pedagogía orientada a cholos y mestizos, según Tamayo, tendría varios aspectos comunes con la pedagogía indígena. Ambas tendrían que orientar la instrucción primaria de modo que despierte, saque a la luz y motive, el crecimiento de la energía nacional. También deberían enseñar el gusto por vencerse, el dominio de uno mismo, el culto a la fuerza, el desprecio de los peligros, el desdén a la muerte, el amor a la acción, la expansión individual y colectiva en y por la vida, la irreverencia templada por la audacia y la osadía, el dominio sobre las cosas y el vencimiento de la naturaleza<sup>26</sup>. Tales serían las orientaciones generales de la *pedagogía nacional*.

---

<sup>24</sup> *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. 2º Fasc. Op. Cit., p. 169.

<sup>25</sup> “Cuando el indio aprende a hacer un trabajo lo hace siempre sin la versatilidad del cholo y sin la superficialidad del blanco; el trabajo es igual y su calidad es siempre la misma. Ésta es una condición totalmente mental y muestra el sólido mecanismo de la inteligencia india. De aquí que el indio sea el obrero ideal para ciertos trabajos rutinarios en las artes y oficios. Enseñad al indio a hacer una cosa y la hará igual hasta su muerte. La cuestión es enseñarla; y entonces el problema pedagógico, respecto del indio, se concreta: hay que despertar la inteligencia del indio, y toda pedagogía debe ser para él sobre todo instructiva y profiláctica”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XXXVIII, p. 128. Véase también el Cap. LII, p. 181.

<sup>26</sup> Aquí se advierte, evidentemente, la influencia de Nietzsche en el pensamiento de Tamayo. Tal influencia también se constata en los proverbios que publicó en 1910 y 1924. Algunos ejemplos son los siguientes: “La vida sólo se aprende en medio de la vida”. “La vida consta de esfuerzo y resistencia” (*Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. 1º Fasc. Op. Cit., pp. 131 y 110, respectivamente). “Para todo aquello que el cristianismo no enseña debe un espíritu libre y sano buscar en otra parte. Así el forjamiento y disciplina de la inteligencia, la audacia mental tan necesaria para la ciencia y el arte, el amor a la vida y su complemento, el sabio desprecio de la muerte; la libertad mental con todos sus peligros, éstas y otras cosas más sutiles sólo puede aprenderse en la India, en Grecia o en Roma, pues el cristianismo las ignora o necesita ignorarlas”. (Ídem, 2º Fasc., p. 143).

Tamayo pensaba que la creación de una pedagogía nacional debía afiebrarse. Todos los esfuerzos debían orientarse a buscar la plenitud de la energía y la voluntad, haciendo de las escuelas instituciones también enérgicas: pedagógica, metódica, ejemplar y administrativamente. La pedagogía debería medir y capear la resistencia de la raza india a toda actividad instructiva. Fijaría las consecuencias del rechazo hermético de los indios a todo cambio que implique una evolución de su raza, fijando los medios para superar tal rechazo.

Apreciaría la importancia histórica de la resistencia indígena frente a cualquier intento de colonizar o de exterminar su cultura, reivindicando la energía que le es propia y proyectándola, ya no meramente como una fuerza reactiva y tónica. Comprendería que el alma nacional radica en el indio y que la instrucción que se le brinde representaría, en definitiva, el fortalecimiento del país y la fragua del “espíritu nacional”.

Según Franz Tamayo, en América Latina prevalecería, tanto cualitativa como cuantitativamente, el mestizaje. Se trataría de una fatalidad continental, de un proceso que haría que los individuos híbridos incorporen en su identidad componentes superiores de la raza india. La superioridad étnica y biótica del indio radicaría en su carácter y su energía original. Sin nada más que sus propios argumentos desplegados en círculo y con grandilocuentes referencias a la historia, Tamayo señaló a la personalidad indígena como la fuerza que se impuso moral, intelectual y racialmente sobre el blanco. Así, pese a que la historia de la raza indígena desde el siglo XVI haya sido una sucesión del ultraje a su dignidad, el pensador boliviano consideraba que la abyección occidental no habría causado mella en ninguna de las facultades ni de las fuerzas de los indios.

Por lo demás, en Bolivia, el indio emigrante en la ciudad, habría realizado su destino de convertirse en mestizo y de aparecer como *cholo*. Sería el indio que aprendió las primeras letras, se vestiría a la usanza urbana y pretendería conquistar los puestos de ministro, coronel u obispo. Sin embargo, la sociedad lo excluiría y lo segregaría, estigmatizándolo; aunque, la sangre india correría en variedad de instituciones: por ejemplo, en las universidades, en los cuarteles y en el Parlamento<sup>27</sup>; y aunque su presencia sería una realidad inevitable que el blanco detesta, la raza indígena estaría en la base, según Tamayo, de la construcción del porvenir de la “nación boliviana”.

---

<sup>27</sup> En el editorial del 25 de agosto, Tamayo escribió: “...son las revanchas como subterráneas de la historia. Id a nuestros parlamentos, a nuestras universidades, a nuestros cuarteles, y examinad las pocas cabezas que realmente dan o prometen dar algún positivo, y no un simulado esfuerzo biótico; examinad su color, sus rasgos fisonómicos: es la sangre india que estalla en la mirada y en la palabra; es la sangre india que es realidad escasa y promesa opima; y es como la resurrección del genio de la raza, encaminándose lenta y seguramente al porvenir. Donde esta verificación se manifiesta más y mejor, es en aquellos terrenos históricos que no demandan la manifestación de una superioridad intelectual para probar la superioridad positiva de una sangre: me refiero a la guerra.... Esto es el indio; y el resto... degeneración irremediable y fatalmente condenada a perecer, por lo menos en el sentido de las hegemonías étnicas”. *Creación de la pedagogía nacional*. Cap. XXXIII, p. 112.

En este punto es conveniente señalar que el concepto de “nación” no está determinado de manera unívoca ni necesaria por la idea de “Estado-nación”, emergente en el contexto francés del siglo XVI. Tampoco está determinado de modo concluyente por la oposición teórica que surgió en el siglo XVIII en Alemania y Francia, contra el Estado semi-feudal y semi-absoluto prevaleciente hasta la revolución de 1789.

Al parecer, las ideas de Tamayo sobre la “nación”, la “nacionalidad” y el “proyecto nacional”, estuvieron influidas por pensadores europeos como Ernest Renan, quien, en la segunda mitad del siglo XIX, señaló que toda nación, para constituirse, contaría tanto con aspectos *objetivos* como con aspectos *subjetivos* que le dieran unidad. La confluencia de las características culturales compartidas como la procedencia étnica, la lengua, la religión, la comunidad de intereses económicos, la definición geográfica y los deberes militares serían, según el pensador francés, los aspectos *objetivos* de tal unidad. Por lo demás, los rasgos *subjetivos* incluirían la valoración de un pasado imaginado como heroico y la voluntad colectiva de compartir la realización de algún proyecto futuro<sup>28</sup>.

Por otra parte, es interesante que en el siglo XX, el nacionalismo se haya desarrollado de múltiples formas. En primer lugar, como reacciones contra el liberalismo y el marxismo, tanto con expresiones como el nacional-socialismo y el fascismo como con el nacionalismo monárquico y el nacional-sindicalismo. En segundo lugar, distintas ideologías políticas del Tercer Mundo establecieron las pautas para que se cristalicen, por ejemplo, el nacionalismo reformista de Turquía, el populismo peronista de Argentina, los nacionalismos racistas de África y el nacionalismo religioso del islam<sup>29</sup>.

En cuanto Tamayo consideraba que la raza indígena tenía las características culturales objetivas y subjetivas exigidas por Renan, tal raza podría y debería constituirse en el bastión de la nación boliviana, brindándole unidad. Por lo demás, en tanto el pensador paceño fue crítico de los gobiernos liberales a los que sin embargo reconoció valor frente al conservadurismo, en tanto asumía que la raza indígena realizaría un “proyecto nacional”, su concepción nacionalista fue, sin duda, *racista*.

Para Tamayo, sólo si Bolivia advirtiese la energía y la voluntad del indio, sólo si visualizase sus cualidades de resistencia y persistencia, podría dar unidad a las fuerzas *nacionales* para que el país enfrente la lucha por la vida. Así, la formación de la “nacionalidad” sería una tarea en la que, ejerciendo

---

<sup>28</sup> *Introducción a los estudios políticos*. Texto de Mario Justo López, Tomo I, “Teoría política”. Editorial Kapelusz. Buenos Aires, 1970, pp. 325-7.

<sup>29</sup> Jean Touchard, *Historia de las ideas políticas*. Editorial Tecnos. Madrid, 1988, pp. 634 ss. Cfr. de Héctor Martinotti, *Breve historia de las ideas políticas*. Claridad. Buenos Aires, 1988, pp. 191 ss.

egoísmo, *nos* haríamos más humanos, más razonables y más comprensivos. Por lo mismo, debido a que el Estado no educaba al indio, dado que la sociedad lo explotaba brutalmente, las leyes lo herían y lo abusaban, puesto que las personas lo despreciaban y lo humillaban; Bolivia perdía, según él, la oportunidad de realizar las esperanzas de construir un *proyecto nacional* auspicioso para el porvenir. Sin embargo, debido a que la raza del indio sería, para Tamayo, la depositaria de la energía primordial, era posible que sostuviese la nacionalidad boliviana como “estofa prima” de la evolución y el trabajo<sup>30</sup>.

La “salvación” del indio, además de la instrucción formal, incluiría también actitudes nuevas de las clases sociales *superiores* y que; sin embargo, se nutrirían de él. Según el pensador boliviano, sólo estos gestos diferentes permitirían esbozar perspectivas históricas para la nación, reconociendo que, en la simplicidad de la vida del pescador, del apacentador de rebaños y del eterno servidor personal, habría subsistido un ser autosuficiente, autónomo y autodidacta.

Pese al descuido del Estado, a la depresión histórica que habría sufrido, a la indignidad social de la que fuera objeto y a la pobreza, aislamiento y olvido que reinarían en su entorno; pese a la hostilidad del blanco y al desprecio de los imbéciles, pensaba Tamayo con un inocultable tono de especulación filosófica, que el indio conservaba la fuerza real, primitiva y material de la historia, capaz de dotar de sentido a la *nación*.

La raza indígena expresaría así, pese al incremento de los impuestos, los abusos con los servicios generales y especiales, los precios inequitativos, el confinamiento a ciertos trabajos, la exclusión de la participación en los asuntos públicos, el odio y el desprecio; una ley biológica especial. La raza indígena sería un modelo, un patrón apto para la lucha y una energía que al mezclarse se impuso invariablemente sobre el blanco<sup>31</sup>.

---

<sup>30</sup> Franz Tamayo escribió sobre la raza indígena lo siguiente: “Mirad un poco en el fondo de nuestra nacionalidad; buscad primero cuál es la parte de esta nacionalidad la más rica y mejor dotada bajo el punto de vista de la energía y de la natural disposición. Buscad primero dónde está la estofa prima de toda evolución y de todo trabajo; estudiad en seguida las condiciones de la misma, y ved si realmente es capaz de dar incondicionalmente todas las formas que neciamente exigís de ella; estudiad luego las condiciones propias de esta estofa prima y sus leyes, para deducir la especie de actividad y de acción que puede rendir con mayor ventaja y con mejor acuerdo de su propia naturaleza; y entonces eliminad de vuestros procesos y teorías todo lo superfluo, lo injustificado, lo infundado, lo inútil y lo sin objeto. Y esto se llama educar y esto se llama gobernar”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. LI, p. 179.

<sup>31</sup> “Se habla de conglomerados étnicos, de que en orden a razas somos un conjunto de elementos heteróclitos, sin unidad histórica ni de sangre, que nuestro fondo étnico es un crisol donde se han fundido diversas humanidades, y se saca de esto la consecuencia —no sabemos con qué fundamento— de que no existe o no puede existir un carácter nacional, una ley biológica especial, lo que se llamaría un patrón, una medida y un molde raciales que sirviesen de base y de guía en estas especulaciones y exploraciones”. Ídem. Cap. IX, pp. 32-3.

El indio expresaría condiciones integrales que serían la base de la grandeza nacional. Su instrucción mediante la alfabetización en español y la comunicación que le brinden el mestizo y el blanco; permitirían definir el porvenir de la nación con agricultores y artesanos de muy buena voluntad, con excelentes mineros y con soldados ideales. Pero lo más importante radicaría en que gracias al indio, el mestizo podría recuperar su energía y originaria voluntad tristemente perdidas, y el blanco podría reconducir el contagio moral nocivo que habría provocado, impregnándose él mismo de las virtudes morales e intelectuales de la raza indígena.

Así, no sería posible pensar que los contenidos y las orientaciones pedagógicas más importantes para educar en la nación boliviana, estuviesen definidas por los especialistas europeos. Si bien la ciencia universal y los profesores extranjeros coadyuvarían a enfrentar los problemas de Bolivia, en el deber educativo cumplido con creatividad por los maestros nacionales, en la visión política apropiada de los dirigentes y en la comprensión de la especificidad de los problemas de nuestra realidad, radicaría la posibilidad de otorgar un porvenir viable a la nación boliviana.

Pero, más decisivo que tratar cómo se debía alfabetizar al indio y qué contenidos se le debían transmitir en la instrucción, más importante inclusive que discutir qué enfoque educativo debería prevalecer, Tamayo consideraba prioritario y fundamental que la “conciencia nacional” especificara, claramente, el propósito de una pedagogía propia, exenta de todo bovarysismo, que radica en despertar la energía dormida de la raza indígena. Si se entiende, desde una perspectiva similar a la de Renan, que la “conciencia nacional” es un estado emocional y volitivo que implica una suprema lealtad, que los golpes de la adversidad nunca son estériles y que el principal medio de cambio educativo es pensar lo pedagógico, entonces se comprende claramente que, para Tamayo, sólo la realización de la energía india permitiría que Bolivia logre lo que puede ser y que tenga la certeza consciente de querer hacerlo<sup>32</sup>.

En el editorial del 26 de agosto de 1910, Tamayo explicitó su visión *racista* de la sociedad al aseverar que el indio tendría una moralidad superior a la del mestizo y a la del blanco. Según él, de modo notorio, el indio sería capaz de acogerse a un régimen interior de sumisión voluntaria, haciendo que determinados principios racionales coordinasen sus actos con su pensamiento. La moral superior del indio se expresaría en los gestos de gravedad con los que realizaría su existencia, en los sentimientos profundos de justicia, equidad y amor que le embargarían; en su capacidad de ser su propio amo y en la posibilidad de rebasar sus intereses personales sólo para beneficio de los demás.

---

<sup>32</sup> En el editorial del 26 de julio de 1910, Tamayo escribió: “...la cuestión central para nosotros queda siempre: despertar la conciencia nacional, que equivale a despertar las energías de la raza; hacer que el boliviano sepa lo que quiere y quiera lo que sepa. Como se ve, este es un problema y una cuestión más trascendental que la cuestión instructiva, la cual a su vez es menos fundamental que la educativa”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XI. pp. 39-40.

La raza indígena sería incomparable con cualquier otra raza, entre otras razones, porque sólo el indio acentuaría su personalidad sin perjudicar al prójimo. En lo concerniente a las virtudes morales, su superioridad se expresaría en el trabajo desde la infancia hasta la más avanzada edad, en la incapacidad de mentir, en el empeño por mantener una ordenada salud corporal, en la carencia de maldad, en el respeto mutuo entre padres e hijos, en la fidelidad conyugal, en la sobriedad para comer, en la mesura de los discursos, en su paciencia secular, en su heroica seriedad sobre tratos y contratos, en su respeto a la palabra y a la ley, en la reverencia a la tradición, en el repudio a todo espíritu de chacota y en la apremiante necesidad de mostrar veracidad, gravedad, mansedumbre e inocuidad<sup>33</sup>.

Pese a la limitada inteligencia del indio, sus virtudes intelectuales radicarían, según Tamayo, en ser simple, recto y exacto. La raza india sería, en consecuencia, incomparable y *superior* a las razas del populacho blanco y mestizo. Por lo demás, para el pensador boliviano, existirían cientos de “pruebas” que respaldarían sus afirmaciones; sin embargo, en el editorial de referencia sólo señaló dos: el primer ejemplo indica el comercio millonario entre Los Yungas y La Paz, donde se constataría la increíble honestidad del indio, más valiosa porque se daría en ausencia de policías, cumpliéndose los compromisos de palabra.

El segundo ejemplo referido por Tamayo, señala la campaña boliviana. Para el escritor, ésta sería la más segura y pacífica como no existiera otra similar en la región; y esto se debería a la moralidad del indio que permitiría que cualquier blanco transite atravesándola sin ningún cuidado ni preocupación.

Frente al blanco que tendría los rasgos contrarios, el blanco diputado, ministro, juez, poeta, profesor, cura o intelectual; es decir, en comparación con quienes, para Tamayo, serían “parásitos”, las características del indio serían superiores. Decir que el indio fuese un alcohólico, sería calumniarlo. Si tuviese ese vicio, habría sido legado por el blanco o por el mestizo, quienes lo practicarían cotidianamente en los clubes elegantes de las ciudades<sup>34</sup>. El indio, para el pensador paceño, viviría en un gran despliegue de vigor, con po-

---

<sup>33</sup> *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XXXIV, pp. 115-7. También se incluyen ideas expresadas en el editorial del día siguiente: Cfr. Cap. XXXV, p. 119.

<sup>34</sup> El 13 de septiembre de 1910, Tamayo escribió: “... el indio urbano, incontestablemente inferior como costumbres, al indio campesino, y ya vicioso de un alcoholismo suficientemente acentuado, sin embargo, decimos, no acusa aún la degeneración física y visible del blanco, el cual sigue siendo inferior a aquél en todo cuanto toca, a la resistencia física y corporal. En este punto, por borracho que sea el indio, vale siempre más que cualquier blanco nativo... es absurdo pretender encontrar huellas de degeneración alcohólica en ningún indio boliviano. Basta preguntarse dónde están las enfermedades mentales y nerviosas entre los indios; cuántos casos de locuras, de imbecilidad, de atrofia muscular... de degeneraciones grasosas en los tejidos internos, de parálisis y neurosis multiformes, etc., etc., se presentan en individuos nativamente indios. Eso no existe. Que el indio se emborracha como una bestia, es verdad, lo mismo que nuestro blanco...”. Ídem. Cap. XLVII, pp. 164-5.

cos placeres, en una desproporción sorprendente entre la pobre alimentación y su trabajo mal recompensado; con pocas satisfacciones y en una ausencia notoria de vicios, como la cobardía, la mala fe, la malicia y la pereza.

Algunas “pruebas” de tales afirmaciones, según Tamayo, serían las siguientes: en primer lugar, las carreras pedestres a través del altiplano las ganarían, invariablemente, los *indios*. En segundo lugar, la comparación del estado físico de unos y otros, mostraría una salud urbana precaria de los *parásitos*, contrastada con la salud espléndida de los indios en los valles y en el altiplano, donde al trabajo rondarían solamente la intemperie y la pobreza. Esto “probaría”, según el escritor, la *superioridad* de la raza indígena, de manera que la fuerza física y moral de la sangre del indio sería más plena cuanto menos se hubiese mezclado. El mestizo conservaría el vigor indio, pero con cierta disipación y empobrecimiento de la energía original; siendo ambos; sin embargo, indio y mestizo, *superiores* a la raza decaída de los blancos americanos<sup>35</sup>.

En la raza del indio resaltarían, según Tamayo, dos rasgos distintivos evidentes en el transcurrir de la historia: la *persistencia* y la *resistencia*. Se trataría de dos aspectos generados por la fuerza del medio telúrico donde se habría generado la raza indígena. Pero, también implicarían el efecto de formación del cuerpo del indio y de sus virtudes morales e intelectuales. En resumen, la argumentación de Tamayo incurre en una petición de principio o en un razonamiento en círculo<sup>36</sup>: la superioridad del indio se realizaría por la energía de su raza, la cual se habría formado por la influencia del medio ambiente. Esta presencia espacial privilegiada le habría permitido ser *superior* en la historia, es decir en el tiempo, gracias a la fuerza física y a los rasgos morales e intelectuales que le serían propios.

Varios siglos en los que se incluiría la historia de Bolivia, mostrarían, la fuerza de la raza indígena para *persistir* como tal. El indio sería un conservador<sup>37</sup>, el defensor de una idealizada identidad incommovible, la persona li-

---

<sup>35</sup> En el editorial del 25 de agosto, Tamayo escribió: “...el indio nuestro no sólo sobrevive, sino que después y a pesar de centurias inenarrables, resulta que sigue siendo el fondo más sólido, el elemento más fuerte de las nacionalidades que al presente contribuye a construir. Es la vitalidad asombrosa de su sangre. Y esa supervivencia es una verdadera victoria. De hecho, el indio está reconquistando o llamado a reconquistar su puesto usurpado. El mestizo que en nuestra América constituye numérica y cualitativamente el elemento superior y válido de la raza, ese mestizo siente en sus venas la sangre india invencible e invencible, a pesar de todas las apariencias históricas”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XXXIII, pp. 111-2.

<sup>36</sup> “Los dos rasgos fundamentales de nuestro carácter nacional son la persistencia y la resistencia... Hemos indicado ya lo más sumariamente posible las fuentes de este carácter, y hemos insistido en la necesidad de buscarle primero en el medio físico en que, si no ha nacido, ha vivido y generado la raza. Después, en la raza misma. Y justamente es del estudio del cuerpo y en seguida de las manifestaciones morales e intelectuales de la raza que hemos deducido estas consecuencias”. Ídem. Cap. XLVIII, p. 165.

<sup>37</sup> “Porque el indio, como todas las grandes razas, es un conservador... se prefiere a sí mismo y prefiere su propia ley de vida a cualesquiera otros... tiene una especie de noción subconsciente de su verdadera superioridad”. Ídem. Cap. XLIX, p. 169.

bre para erigir sus normas, rigiéndose estrictamente por su cumplimiento. Guardián de sus costumbres, métodos, tradiciones, lengua y dieta, se haría dueño y señor de sí mismo, pese a la hostilidad de la que fuera objeto y de la destrucción que lo habría amenazado secularmente.

El indio persistiría como raza poderosa tanto en lo físico como en lo moral. Físicamente, existiría una persistencia morfológica y corporal siempre patente, evidenciada como exitosa y superior en la prueba racial más dura: el cruzamiento<sup>38</sup>. Desde el punto de vista moral, Tamayo pensaba que en el indio perduraría su propia dinámica cultural, la práctica de su voluntad y la genuinidad de sus intenciones y acciones<sup>39</sup>. La persistencia consistiría así, en un rasgo positivo que permitiese una poderosa afirmación y conservación de la energía racial.

Para Tamayo, sería tan grande la fuerza de la raza india que el cruzamiento con cualquier otra daría lugar, invariablemente, a la persistencia de los caracteres físicos del indio, inclusive hasta la tercera o cuarta generación híbrida. Las facciones, la estatura, el color y las proporciones de los hijos de un blanco y una india, según el pensador, pondrían en evidencia la más “perfecta derrota del blanco”: serían casi completamente, rasgos de indios hasta los nietos y biznietos al menos, que fuesen resultado de nuevos cruzamientos entre los vástagos mestizos y otros blancos. De estas premisas, concluye Tamayo, se decantaría el destino biológico de las razas. Unas estarían destinadas a “reinar” sobre otras: las más *fuertes* sobre las más *débiles*<sup>40</sup>.

---

<sup>38</sup> “La raza posee una tal fuerza de persistencia física, a través de la historia y de los mestizajes, que es probable que ninguna otra raza la posea en grado superior. El indio no solamente ha persistido como grupo étnico, a pesar de cuatro siglos de historia hostil y destructora para él, sino que ha salido también victorioso de la más terrible de las pruebas que se puede imponen a una sangre: el mestizaje, el cruzamiento”. Idem. Cap. XLVIII, pp. 166-7.

<sup>39</sup> Sobre la persistencia, Tamayo escribió: “...hemos visto resaltar prominentemente en el lado físico de la raza, también se traduce en su lado moral, y es el signo típico y constante que marca toda su actividad y la condiciona. La persistencia morfo-racial deviene persistencia práctica y dinámica. No sólo es el cuerpo que persiste histórica y fisiológicamente hablando; también el hombre interior, es decir, la voluntad, la intención, la acción humana por excelencia, persiste característicamente. El indio quiere con la misma constancia que perdura. Su permanencia en el espacio está de acuerdo con su voluntad en el tiempo y esta manera de concebir la psicología del indio explica muchas cosas de su vida y muchos puntos de su historia. (...)... ha conservado a pesar de todas las influencias extrañas y los ataques exóticos, una personalidad muy más interesante a los ojos del filósofo y del sociólogo, que la de todos aquellos a cuyo lado convive”. Ídem. Cap. XLIX, pp.170

<sup>40</sup> Del aymara Tamayo dice que “sea con quien se cruce, sus caracteres físicos persisten de tal manera que sólo a la tercera o cuarta generación comienza a verse una seria desviación del tipo primitivo. La primera generación de blanco e indio acusa la más perfecta derrota del blanco. Este primer mestizo es casi totalmente un indio, por lo que toca a sus caracteres físicos. Un cincuenta por ciento de estos caracteres, que deberían acusar su origen blanco, desaparecen ahogados y vencidos por los rasgos indios. Talla, color, facciones, proporciones, todo es indio... Esta es la fuerza de persistencia de la raza; y bajo el punto de vista biológico, este es también un signo seguro de las razas destinadas a reinar en el mundo, sobre las más débiles”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit., Cap. XLVIII, pp. 167.

La imagen idealizada del indio motivaría a Tamayo a presentar la segunda característica de la raza: su *resistencia*. Se trataría de ciertos rasgos raciales que lo harían culturalmente impermeable, su alma se replegaría impidiendo que asimile lo que viene de afuera. Al respecto, Tamayo pensaba que gracias a sus modestas ocupaciones de minero, labrador, viajero de a pie, albañil, zapador militar y soldado incomparable, gracias a sus hábitos de consumidor frugal, de persona que se bastase a sí misma y que ayudase a los otros, produciendo todo cuanto la nación tuviese, en fin, gracias a su inquebrantable ética de acción indefinida; la salud del indio sería espléndida, inclusive diez veces superior a la del blanco. La *resistencia* del indio se verificaría, pues, en la ausencia de enfermedades tales como la tuberculosis, la escrofulosis, las artritis polimorfas y otras que aquejarían perniciosamente a los europeos.

El Estado sería responsable por su incompetencia: incapaz de realizar acciones simples que le reportasen notables beneficios inclusive a él mismo. Por ejemplo, atender con vacunas a los niños indios, previniendo enfermedades como la viruela, la difteria y otras típicas de la niñez<sup>41</sup>.

Suponer, como lo hace Tamayo, que el indio sea *persistente* respecto a sí mismo y *resistente* respecto a su contexto y los demás; establecer que existan leyes históricas y biológicas que, sustantivando la acción de enfrentamiento o dando realce a la preeminencia de rasgos físicos y morales entre la razas, ofrezcan la visualización de algunas como “superiores” y de otras como “inferiores”; radicar la superioridad de una raza en la energía que se le atribuiría con base en algunos ejemplos personales circunstanciales y según una visión unilateral y autorreferencial de procesos históricos con fuertes prejuicios de héroes y villanos; en fin, hacer radicar el “carácter nacional” exclusivamente en la energía de una raza que habría intervenido en el proceso de mestizaje con escasas luces; son, sin duda, por decir lo menos, prolíficas especulaciones filosóficas de alto contenido sustancial, arbitrario y polémico.

Al margen de que estas generalizaciones racistas sean discutibles desde varios puntos de vista, relativizando su valor inclusive como descripciones “sociológicas” de la sociedad paceña a principios del siglo XX; es muy difícil admitir, cuando no se tienen prejuicios maduros y *enérgicos*, que la casuística sesgada de experiencias personales, las generalizaciones metafísicas lábiles, o las inspiraciones líricas motivadas por una apreciación limitada de la historia, deban orientar, no sólo la *política educativa* del gobierno, sino también, tendrían que “fundamentar”, el *porvenir* del país. De esta manera, la denominada por Franz Tamayo, “filosofía de la historia boliviana”, estaría

---

<sup>41</sup> Ídem. Cap. XXXV, pp. 118-9.

dibujada en el horizonte político de Bolivia con el indio y su raza como fundamento y figura central<sup>42</sup>.

Resulta congruente que entre tales generalizaciones arbitrarias, para Tamayo, el pensamiento filosófico más detestado sea la filosofía de la igualdad, el Iluminismo francés, la sistematización ilustrada que proclamaba la libertad, la fraternidad entre los individuos y el deber de asumir a los demás en similares condiciones de dignidad, derechos y obligaciones. En efecto, en la *Creación de la pedagogía nacional*, Tamayo repudia el liberalismo humanista del siglo XVIII con expresiones descorteses. Rousseau es calificado de “ingratísimo”, artificial y romántico.

Según Tamayo, nunca habría existido otro ideal de la humanidad distinto al de desplegar las fuerzas de la nación, aunque no para la paz, sino para el poder y el sometimiento; puesto que, en última instancia, todo sería “lucha sin tregua, lucha de intereses, lucha en todo terreno y de todo género, en los mercados lo mismo que en los campos de batalla”<sup>43</sup>. El virus de Rousseau habría contaminado Europa desde Francia y sería peor que las tendencias románticas que valorasen a Lord Byron en Inglaterra, o, en Alemania, las que aplauden la obra de Goethe, *Werther*.

Rousseau sería el responsable de generar el prejuicio de que una buena instrucción distribuida entre los miembros de un pueblo o de un país, generaría un impacto sobresaliente en su futuro. Según Tamayo, esto no es verdad. La instrucción debe ser diferenciada porque las razas son diferentes y necesitan ser encauzadas de acuerdo a su especificidad. Es decir, *la pedagogía depende del racismo*, ésta resulta ser una tesis central del pensamiento educativo y filosófico del escritor paceño.

Aun peor, el enciclopedismo francés del siglo XVIII sería, para Tamayo, el responsable de producir pedagogías universalistas, de creer equivocadamente en la enseñanza de ciencias y doctrinas inútiles, y de motivar el plagio para producir cabezas que sepan de todo y no comprendan nada. Tales contenidos y enfoques debilitarían la acción de la raza indígena generando vicios in-

---

<sup>42</sup> En el editorial del 14 de septiembre de 1910, Tamayo escribió: “...por la fuerza de las cosas el fondo principal de nuestra nacionalidad está formado en todo concepto por la sangre autóctona, la cual, como hemos visto, es la verdadera posesora de la energía nacional, en sus diversas manifestaciones”. *Creación de la pedagogía nacional*. (Ídem. Cap. XLVIII, pp. 166). La veneración hiperbólica del indio también se dio en el padre de Franz, don Isaac Tamayo.

Mariano Baptista cita un texto de la obra de don Isaac, *Habla Melgarejo*, en la que dice: “El indio, sea que lo encontréis haraposo e inculto, en los campos o en las selvas, sea que lo encontréis en mangas de camisa en los talleres de la ciudad, bajo el nombre de artesano, sea que lo admiréis en el bufete del abogado, en el escritorio del banquero, en el mostrador del comerciante, o en las oficinas de la administración, es el mismo indio que construyó Tiahuanacu, el mismo que formó la más rica, la más noble, la más expresiva, la más portentosa lengua, el aymara, lengua madre de todas las lenguas vivas y muertas”. Cfr. “Prólogo” a *Franz Tamayo: Obra escogida*. Op. Cit. p. XI.

<sup>43</sup> Cfr. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap XIII, pp. 41-2.

telectuales como la superficialidad, la carencia de fuerza en las concepciones, la vanidad, la petulancia, la improbidad intelectual y muchos otros. El enciclopedismo sería una desmoralización mental contra la que resultaría imperativo generar con vigor, varias pedagogías *específicas*. Por poner el caso, al mestizo, habría que enseñarle según el principio: “poco y bien, y no mucho y mal”<sup>44</sup>.

Tamayo expuso su concepción sobre las relaciones entre las razas en el editorial del 14 de septiembre, señalando lo siguiente: “Las razas chocan en los campos de batalla y alcanzan victorias siempre efímeras y exteriores. Pero el duelo que se realiza invisible e insensible dentro de las venas de las generaciones, es el que verdadera y definitivamente establece superioridades e inferioridades decisivas para las sangres que chocan”<sup>45</sup>. Así, por detrás de la aparente estabilidad jurídica, la igualdad, la razón y la libertad, aparecería para el pensador boliviano una historia de guerra que se realizaría tanto en el campo de batalla como en el cuerpo del híbrido.

La historia real, de dominio, guerra, muerte, explotación y sangre, en verdad, para Tamayo no importaría mucho, aparte de las inspiraciones líricas que le produjo en sus años de adolescente. De este modo, las derrotas y humillaciones que mordieron sucesivamente los indios, no tendrían relevancia. Lo que sí sería importante, lo que en efecto estaría en juego sería, según él, quién se impone racialmente a su contrario en el inevitable mestizaje.

Detrás de las leyes sonarían los gritos y reinaría la muerte en los campos de batalla; pero, después, el cruzamiento que proveería al vencedor placer, riqueza y servidumbre, haciendo del vencido el ultrajado, el explotado y el pongo, significaría para Tamayo, algo muy distinto: se trataría, en verdad, del *triunfo del vencido*. El mestizo, fruto de la violación y condenado también a la servidumbre -aunque con algunas prerrogativas y bastante proyección histórica- sería la “revancha histórica” del indio. Curiosamente, la raza derrotada en el campo de batalla, vejada y sojuzgada, tendría una verdad oculta, una victoria excelsa por ser la raza más fuerte, la más enérgica, la más vital, la más poderosa, y en definitiva, la raza superior: *superior*, aunque parezca increíble, a la raza que la venció.

La filosofía de Tamayo es *racista*. No sólo se advierte su visión idealizada del indio en los editoriales que escribió para *El Diario* en 1910. Antes y después de estos artículos, tanto a fines del siglo XIX como hasta mediados del

---

<sup>44</sup> Ídem. Cap. II, p. 9 y Cap. XXIX, p. 97.

<sup>45</sup> “¡Guay de la sangre que se deje imponer caracteres ajenos a su fruto y su generación por la sangre enemiga con que se ha mezclado! Es la prueba más evidente que en la lucha por la vida, en el campo del cruzamiento, la sangre que sobrenada y resurge con sus propias líneas y formas, por encima de las extrañas, es la más fuerte, la más apta para vivir, la más capaz de conservar su tipo y su ley, y la más persistente. El cruzamiento es un verdadero duelo de sangres, un parangón, una comparación”. Ídem. Cap. XLVIII, pp. 167.

siglo XX, es posible encontrar un racismo más o menos evidente, por ejemplo, en las siguientes expresiones:

En la obra *Proverbios*, publicada en 1905 y en 1924, Tamayo expresaba que la “ciencia aria primitiva” era “mística y religiosa” en comparación al conocimiento de su tiempo: hipotético, probable y recurrentemente desmentido. Debido a que la reproducción de la cultura se daría sólo por el calco de la tradición, sin que esto implique necesariamente renovar la fuerza y la energía de la raza, dado, por otra parte, que existirían “grados de nobleza en las expresiones del arte”, Tamayo hostigaba cómo “lo plebeyo de las costumbres se traslada a las formas y los afectos”.

Así, la muchedumbre, es decir, el populacho de cholos y blancoides, habría tenido la osadía de incursionar, con pobreza, ruindad y suciedad, inclusive en el arte, enturbiando con su presencia, la calidad y el buen gusto, sin que siquiera la poesía quedara exenta de tal atropello<sup>46</sup>. Además, en una conferencia de 1912 publicada como *Crítica del duelo*, Tamayo también manifestó otras expresiones racistas. Veamos algunas.

Según Tamayo, sería una triste muestra de la pobreza fisiológica de una raza, como la de los españoles, por ejemplo, creer que el honor es lo más importante, suponer que el sentimiento que la persona deba tener sobre *su* valía es determinante, o aun peor, temer que podría perder *su* dignidad. Estas manifestaciones pondrían en evidencia la pobreza de las razas en las que la vida de las personas, su estirpe o su hidalguía apareciesen como lo fundamental.

Es comprensible, según Tamayo, que, en un contexto de instituciones hiperbólicas y románticas como la sociedad de caballería, se hubiese forjado un legado cultural que llegó y se fortaleció en la colonia americana. Se trata de un legado que impregnado de los valores religiosos, habría ocasionado las

---

<sup>46</sup> *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. 1º Fasc. Op. Cit., p. 133. La segunda parte del proverbio referido señala: “El *okhlos* griego y el *mob* inglés invaden hasta la poesía”. Ídem. 2º Fasc. Op. Cit., p. 173. También en una oda compuesta en 1897 y titulada “Himno al infortunio”, Tamayo escribe (*Odas*. Op. Cit., pp. 163-4):

Madres, esposas, huérfanos que gimen;  
tiranos que se elevan para caer;  
la libertad vendida, el odio, el crimen;  
nunca el derecho, el hecho por doquier;-

Oh! naciones! Océanos! Entonces,  
en medio el odio (maldición de Dios),  
al lado del cañón, (crimen de bronce)  
es el infortunio ¿ay!, que llega a vos! (...)

Oh! pueblos! Cuando sobre vuestras frentes  
sopla la adversidad, viento de Dios,  
fuerza es sufrir sus golpes inclementes  
como caricias del ideal feroz!

distorsiones modernas que en su tiempo explicaban la postración de América gracias a la influencia española<sup>47</sup>.

En este sentido, toda raza se constituiría en “una cárcel y la historia, una tiranía”. Es decir, América tendría que sobreponerse a las determinaciones del pasado y a la inferioridad de la raza ibérica que depravó al indio con el mestizaje. Dado que todo expresaría la fuerza y las realizaciones de cualquier raza, sea ésta india, mestiza o blanca, sería imperativo descubrir su energía y realizarla en diversidad de manifestaciones culturales: “La raza, históricamente hablando, es como el árbol: lo que está en la raíz está en el fruto y en la flor”<sup>48</sup>.

El filósofo e historiador francés, Michel Foucault, ha investigado la genealogía de los discursos racistas en Europa. En general, desde el siglo XVI se habría consolidado un discurso de múltiples variables que rechazaría la universalidad jurídica de la igualdad y los derechos, las teorías filosóficas del acuerdo y la deliberación y el establecimiento racional de un orden legal e institucional.

Los discursos racistas tendrían enunciados *verdaderos* que reivindicarían los derechos no reconocidos y reclamarían lo que se menoscababa a algunos. Se trataría de alegatos a favor de ciertos actores, sustantivándolos y asignándoles una misión imaginaria que proyectaría su *raza* como un destino místico colectivo, recurriendo inclusive a la violencia.

El discurso infamante contra los adversarios, las palabras, los contenidos, las motivaciones, las interpelaciones y un conjunto amplio y complejo de actos verbales y simbólicos, expresaría que la realidad constituida incluiría, invariablemente, a una *raza* y sus enemigos. Las reivindicaciones de dicha raza adquirirían gran poder de influencia y de circulación, evidenciándose una enorme capacidad de metamorfosis y una gran polivalencia estratégica.

Las movilizaciones “racistas”, mesiánicas y belicistas, protagonizadas por Edward Coke y otros líderes en Inglaterra en el siglo XVII; el enfrentamiento de una facción noble contra el absolutismo del Rey Sol, Luis XIV, en Francia; distintos proyectos dentro de la Revolución Francesa; la visión mesiánica y anarquista de la Comuna de París; las transcripciones de

---

<sup>47</sup> El honor se valoró de forma errada según Tamayo: “...ciertos vicios de carácter se erigen en virtudes sociales. La pereza e incultura del cuerpo se alabará para favorecer el desarrollo de la sensibilidad interior, hasta provocar el estado de gracia y de viciencia; los más inocentes y fecundos placeres llegarán a ser pecados capitales; el amor a las ciencias será el más depravado y rebelde de los sentimientos; toda aspiración estética de belleza y gracia humanas, fuera del dominio religioso, serán de origen diabólico y contrarios a la salud eterna; todo arte de bien vivir cederá el campo al arte y necesidad de bien morir, pues dentro de esa manera de concebir todo al revés, lo que había más importante en la vida era la muerte, ¡aunque ello parezca hoy una burla de mal gusto!”. *Crítica del duelo*. Editorial Juventud. La Paz, 2000, pp. 39-40.

<sup>48</sup> Ídem, pp. 35 y 33.

“racismo de Estado”, “racismo biológico”, “nacionalsocialismo”, “socialismo soviético” y las estrategias del Estado capitalista *moderno* que normalizaría y disciplinaría al individuo segregando a los pervertidos y a los anormales e identificándolos como *enemigos* sociales provenientes de “razas” depravadas e impuras; serían algunas concreciones ostensivas del proceso que ha seguido el discurso *racista* en la historia<sup>49</sup>.

En dicho discurso, recurrentemente, aparece un sentido mesiánico atribuido a determinados actores, quienes enfrentando las contradicciones sociales e históricas que viven, serían capaces de anunciar un nuevo mundo y construir un orden inédito. Así, la sociedad es vista de modo dialéctico y excluyente respecto de los enemigos: lucha de razas y enfrentamiento de los opuestos. De la derrota de los sustentadores del viejo régimen, nacería según el discurso racista, un nuevo mundo: el orden por el que lucharon los Mesías y mártires de la historia, haciendo del enfrentamiento “el motor de las instituciones y el orden”<sup>50</sup>.

Desde su origen en Inglaterra, el discurso de la “guerra de las razas”, concibió que inclusive en los periodos de paz, *se haría*, sordamente, la guerra. Frente a los discursos, por ejemplo, que proclamaban la igualdad y la razón, que se sustentan en el Estado de derecho, en la verdad, en la justicia y en el contrato social; el discurso *racista* se constituyó en un arma para una victoria explícitamente segmentaria: retórica, obscuramente crítica e intensamente mítica, expresaría las amarguras incubadas, las locas esperanzas y la solución a los problemas atingentes, estructurales y profundos. En los siglos XVII y XVIII se comenzó a visualizar la sociedad como un escenario de “guerra de las razas”: lugar donde el odio y la rebeldía destruirían el viejo orden, articulándose bandos que se enfrentarían y lucharían. La guerra de las razas implicaba invariablemente que había “dos categorías de individuos, dos ejércitos que se enfrentan”<sup>51</sup>: quienes defendían el viejo régimen y los que se asumían a sí mismos como llamados a cambiarlo.

Los intelectuales que se motivarían o serían incentivados a teorizar sobre el enfrentamiento racial, conscientes de la visualización de las contradicciones sociales emergentes y advirtiendo las crisis sociales que sobrevendrían, en general, optan por alguna de las tres siguientes alternativas. O presumen que los problemas serán pasajeros sin que se susciten mayores conflictos o explosiones antagónicas inmediatas, siendo la guerra prácticamente imposible. O presumen el final del viejo régimen, lo que implicaría el acabamiento del

---

<sup>49</sup> Michel Foucault escribió para las lecciones impartidas en el Collège de France en 1976, lo siguiente: “Lo que debe valer como principio de desciframiento de la sociedad y de su orden visible es la confusión de la violencia, de las pasiones, de los odios, de las cóleras, de los rumores, de las amarguras: la oscuridad de los sucesos, de las contingencias, de las circunstancias que generan las derrotas y aseguran las victorias”. *Genealogía del racismo*. La Piqueta. Madrid, 1992, p. 63.

<sup>50</sup> Ídem. p. 59.

<sup>51</sup> *Genealogía del racismo*. Op. Cit., p. 60.

mundo de beneficios y privilegios de algunos grupos y la consolidación de inéditos beneficios y privilegios para otros grupos determinados.

Según la tercera opción, ciertos intelectuales sentirían la responsabilidad de generar acciones preventivas y legales a través del Estado, para que, gracias a la represión, las razas emergentes fuesen silenciadas, desarticuladas o cooptadas. En los tres casos, la guerra permanecería latente con el riesgo de que se extremase hasta grados más o menos intensos. Al parecer, Tamayo se ubicaría dentro de la tercera alternativa, reprimiendo la explosión india con el discurso hiperbólico sobre la raza indígena y convirtiendo a la educación en el medio más adecuado de domesticar la energía racial para propósitos nacionales de civilización.

Concebir el racismo como una segregación motivada por el color de la piel, los cabellos, los ojos, la talla, las proporciones o la complexión, es reducir el discurso *racista* a su “transcripción biológica”. Esta transcripción se dio de forma incisiva ocasionando las consecuencias extremas como el holocausto de la Segunda Guerra Mundial. Se trata de una dimensión médica que resaltó el profetismo mesiánico, los proyectos monistas de razas constructoras de dominios milenarios y la segregación de los desviados y los extraños al sistema. Es decir, el racismo que aplastaría a los supuestos subproductos humanos, en aras de que el Estado preservase la unicidad y pureza biológica de la raza superior.

Tamayo vivió en la época en la que se produjo en Europa, tanto el nacionalsocialismo de Hitler como el fascismo de Mussolini. Varias de sus expresiones, respecto de la raza india andina, tienen connotaciones similares a los contenidos que se articularon en dichos discursos. En especial, esto es evidente cuando el escritor boliviano atribuye a los indios de los Andes, una superioridad incomparable frente a las demás razas de su entorno, particularmente, frente a la raza del blanco de americano.

Resulta claro que todo discurso que maximiza una raza cualquiera, con independencia de cuál ésta sea, en detrimento de todas las demás, señalando aspectos físicos o corporales como los determinantes de su superioridad, incurre, inobjetablemente, dentro del racismo biológico. Que Tamayo no sólo hable de la superioridad *física* del indio, sino la extienda a una superioridad moral y, en algún sentido, “intelectual”; hace de su *discurso*, de una transcripción racista con tinte “biológico”, una *concepción* racista con alcance “holístico”. De aquí que su producción intelectual adopte la forma de un *mélange* filosófico, sociológico, político y literario en el que se traslucen prejuicios sobre el mundo, la sociedad, el hombre y la historia con la figura romántica, idealizada e inexistente del indio en la cúspide.

Se trata de textos en los que abundan connotaciones discriminatorias de los blancos y de los mestizos, rebosantes de prejuicios positivos para los indios y ofensivos para los españoles, y en los que la segregación, la intolerancia y

el separatismo educativo con gesto paternalista, están sesgados por las preferencias axiológicas, étnicas y culturales de Tamayo que, según él, se validarían a sí mismas. Por lo demás, cabe remarcar que antes de la realidad fascista de Europa, hubo también acontecimientos del siglo XIX que tuvieron impacto en las concepciones de Tamayo: se trata, en primer lugar, del racismo biológico expresado en la lucha de las nacionalidades en contra los grandes aparatos del Estado: -el austríaco y el ruso; y, en segundo lugar, las movilizaciones protagonizadas por los colonizadores europeos allende los mares.

La dureza del medio ambiente americano, su carácter agreste y las leyes de sus elementos, según Tamayo, habrían precipitado la derrota de la personalidad racial del blanco. Incapacitado de enfrentar a la tierra, habría cedido al hibridismo que le exigía degenerarse, desaparecer y, finalmente, descartar su identidad frente al indio. Éste, aunque no comenzó a brillar debido a los tonos oscuros de su naturaleza, fue impregnando cada vez más con sus firmes y penetrantes rasgos y olores, el escenario americano. Así, la posible europeización de América del sur quedó frustrada, abriéndose paso una americanización que hizo aparecer al mestizo.

Por lo demás, los blancoides o también llamados por Tamayo pseudo-blancos, es decir, los americanos de tez clara y rasgos físicos parecidos a los caracteres ibéricos, habrían perdido las cualidades del “verdadero” blanco, del blanco europeo que creó, difundió y conservaría, la civilización occidental. Tales blancoides americanos formarían las clases altas de las ciudades y serían inhábiles para cualquier creación cultural, constituyéndose en los responsables del atraso, la pobreza y la pereza de las naciones del sur en cuatrocientos años<sup>52</sup>.

Aunque no sería correcto pensar la existencia de alguna raza como “absolutamente pura”, aunque los procesos de hibridación racial en los pueblos serían complejos y largos, aunque los factores étnicos serían distintos y numerosos en los procesos suscitados en la historia; para Tamayo, resulta absurdo negar que cada raza posea una energía diferencial.

---

<sup>52</sup> En un proverbio publicado en 1905, Tamayo escribió: “...el espíritu italiano posee la plasticidad, el francés la realidad, el alemán la matematicidad, el inglés la energía”. *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. 1º Fasc. Op. Cit., p. 115.

En el editorial del 30 de agosto de 1910, escribió: “¿O habláis del blanco sudamericano, pobre, vicioso, degenerado perezoso, chacotero e insustancial? ... La ciencia europea habla de superioridad blanca aria; y sin más criterio, sin mayor examen, sin abrir los ojos sobre la vida, ¡os estáis imaginando que la ciencia europea también se refiere a los blancos de Sud América! (...), comparad un poco a los dos blancos, y ved la increíble diferencia. Ahí están Buenos Aires, Santa Catalina, Valdivia, para no citar más: todo lo que hay de esfuerzo creador en todo sentido, grande o pequeño, pertenece al inmigrante europeo —blanco—; todo lo que hay de pereza y atraso endémicos desde hace trescientos años, pertenece al autóctono sudamericano blanco—...”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XXXVII, pp. 125-6.

Si bien las condiciones del medio ambiente influirían de manera decisiva para configurar los rasgos físicos, morales e intelectuales de los grupos, si bien la historia sería el escenario en el que se sucederían los acontecimientos ostensivos de la grandeza o miseria de las colectividades, según el pensador boliviano, en la energía de cada raza radicaría el sustrato de su “ley biológica”<sup>53</sup>. En ese sentido, hacia 1910 no habría blancos en Bolivia, blancos técnicamente puros ni blancos europeos. Tamayo aseveró que, dado el poderoso influjo y la fuerza de la tierra, inclusive en los blancoides bolivianos, pese a su desprecio e indiferencia por el indio y pese al cruzamiento con sangres exóticas, existirían vestigios de la energía primigenia de la raza india.

El racismo tamayano le llevó a afirmar en 1905 que, comparando las razas del hemisferio norte con las del sur, aparecería como evidente que el genio individual septentrional contrastase con los valores étnicos meridionales. Las culturas occidentales serían producto del genio individual estimulado por el espíritu nacional, aunque nunca reemplazado por éste.

Se trataría de culturas expresadas, por ejemplo, en el carácter plástico de los italianos, heredado del sensualismo espléndido del Renacimiento; del realismo francés que devino del pompadourismo dieciochesco, afeminado y refinado; de la energía egoísta, sabia, triste y puritana de los ingleses; y del espíritu matemático, imperialista, erudito, minucioso y hambriento de los alemanes. En cambio, en las sociedades meridionales, debido a que el genio personal nunca habría sido descollante, el “instinto étnico” lo reemplazaría: factor decisivo para el esplendor de las construcciones culturales del sur<sup>54</sup>.

La concepción racista con alcance holístico considera los rasgos físicos de las razas superiores como complementarios o expresivos de otras características, también superiores, de las razas dominantes. Por ejemplo, las pautas morales, los hábitos de vida o las costumbres de la raza aria deberían ser superiores no sólo porque expresarían una cultura más depurada, sino porque corresponderían a los hombres más fuertes y varoniles y a las mujeres más bellas y firmes.

Por lo demás, es posible que tal concepción conciba los rasgos físicos como símbolos expresivos que terminan de configurar una jerarquía *absoluta*. En este caso, tal filosofía racista tendría que designar una raza como la “suprema” entre todas las existentes, señalando que su espíritu, su alma, su energía, su

---

<sup>53</sup> En el editorial del 23 de julio, Tamayo escribió: “...históricamente, no existe sobre el globo raza absolutamente pura y sin mezcla (...). La cuestión es seguramente el hombre hace la historia; pero ¿quién hace al hombre? El instante histórico y el medio ambiente. Bien está. Resultaría entonces que en el estudio de la cuestión, la parte estrictamente racial no representaría sino la tercera parte de los factores que componen el problema; y que por consiguiente el postulado de que por el hecho de que una raza no es históricamente pura, no tiene carácter nacional ni una ley biológica propia, es una simple petición de principio”. Ídem. Cap. IX. pp. 33-4.

<sup>54</sup> Véase *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. 1º Fasc. Op. Cit., pp. 115, 120. También *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XII, p. 43.

esencia, su substancia y cualquier otra manifestación que le correspondiese sería la máxima realización de la humanidad en el tiempo y en todas sus estirpes.

Al parecer, aquí se deslizaría sobre el pensamiento de Tamayo, cierta influencia sesgada de *La genealogía de la moral* de Friedrich Nietzsche. En esta obra, publicada originalmente en 1887, el filósofo alemán afirmó que el diagrama de fuerzas natural, espontáneo y estable para ejercer el poder en la historia ha correspondido tradicionalmente a la coincidencia de la “bestia rubia” con las personas que representarían el modelo moral y político valorado y reconocido por el entorno.

Es decir, quienes gobernaban en la antigüedad con crueldad, fuerza y energía; quienes pertenecían a la raza instaurada en el poder; quienes quedaban exentos de toda constricción social, de toda regulación normativa e imponían las leyes que se les antojaba; los *animales* rapaces que habitaban en la selva de la guerra, los monstruos que retozaban con el dolor, la muerte, la explotación, los asesinatos, los incendios, las violaciones y las torturas; los petulantes que jamás tuvieron ningún remordimiento de conciencia haciendo gala de la mayor tranquilidad de espíritu frente a sus peores crímenes, eran también los “mejores” de su medio, las personas moralmente buenas y los modelos que la sociedad debía imitar, glorificar y dispensar. La “bestia rubia” es relacionada por Nietzsche con las “razas nobles, el animal de rapiña... que vagabundea codiciosa de botín y de victoria (...) –las aristocracias romana, árabe, germánica, japonesa, los héroes homéricos, los vikingos escandinavos-”<sup>55</sup>.

Ahora bien, según Nietzsche, este estado *natural* de las cosas en la antigüedad fue deliberadamente pervertido por el cristianismo. Esta religión apeló a la fuerza reactiva de los sometidos y ultrajados, de las víctimas explotadas, los débiles y los desharrapados. Proclamó que de ellos sería el triunfo más importante: la conquista del *Reino de los Cielos* y que ellos eran, en verdad, los únicos seres moralmente “buenos”.

Aparte de la trasmutación de valores que esto ocasionó, instituyéndose la pobreza y la mansedumbre como virtudes, el victimismo y la voluntad nihilista como valiosos; terminó triunfando el resentimiento, la mala conciencia y la repetición hipócrita de ideales ascéticos. Aun peor, las bestias de ayer se convirtieron en los ejemplos vituperados, estigmatizados, despreciados y detestados de hoy: la moral quedó escindida de la política, lo bueno se separó de la fuerza y la dimensión religiosa quedó al margen de la vida social activa<sup>56</sup>.

---

<sup>55</sup> *La genealogía de la moral: Un escrito polémico*. Alianza Editorial. Madrid. Año 1992, p. 47.

<sup>56</sup> Haciendo referencia al momento pletórico de la “bestia rubia”, Gilles Deleuze dice: “la negación activa, la destrucción activa, es el estado de los espíritus fuertes que destruyen lo que hay de reactivo en ellos”. *Nietzsche y la filosofía*. Editorial Anagrama. Barcelona, 1986, pp. 101-2.

En este punto cabe destacar que la “bestia rubia” proclamada por Nietzsche no implicaba que la raza aria fuese superior a todas las demás. Hoy se ha establecido que el filósofo alemán no estuvo relacionado con el régimen de Bismarck, que odiaba y despreciaba el pangermanismo y el antisemitismo y que, para él, como repite Tamayo, el concepto de “raza” debía ser pensado incluyendo necesariamente un complejo *cruzamiento*, una síntesis fisiológica y psicológica, pero también un hibridismo político, histórico y social.

A Tamayo le habría tocado jugar un rol parecido al del cristianismo: subvertir el orden natural que une la fuerza y la bondad moral: creer y justificar que pese a las derrotas históricas, políticas y económicas; pese a que la raza de los indios habría sido secularmente sometida, segregada, oprimida, explotada, humillada, vejada y aplastada; sería, en verdad, *superior* a la raza de los falsos vencedores, los españoles<sup>57</sup>.

De la misma forma como el cristianismo atribuía al sufrimiento y a la pobreza valor intrínseco para agradar a Dios en el aspecto espiritual y moral, en el discurso racista de Tamayo, no hay interpelaciones de subversión: la energía de la raza india está dada, aunque no protagonice ninguna guerra. Tampoco ninguna voz estentórea de algún político, amauta y menos un líder nativo como Wilca Zárate, tendría que instar a que la masa de indios ignorantes de su época se levantase contra el orden opresivo secular.

Para Tamayo fue inconcebible que hacia 1910, los pongos de hacienda destruyan y cambien el orden de las cosas que había prevalecido en cuatro siglos. Su valor, ser la raza superior de América por su energía, era algo inmanente, inmutable e imperecedero; es decir, políticamente irrelevante y líricamente etéreo. Sin embargo, debido a la presencia india en la Revolución Federal, una manera sagaz y conveniente de neutralizar el riesgo que se cernía era hiposta-

---

<sup>57</sup> Pese a la influencia de Nietzsche, al parecer Tamayo nunca dejó de valorar al cristianismo ni de profesar la religión católica, pese a las diferencias respecto de la piedad de su padre. Cuando tenía dieciocho años escribió “El ideal” (*Odas*, Op. Cit., p. 155-6):

Yo fui niño, y soy joven; yo sueño y he soñado,  
y he, siempre, antes como hoy, al porvenir mirado;  
y ante la gloria humana que fulgura y abrasa,  
siempre mi alma indolente, siempre me ha dicho: ¡pasa! (...)

Sólo una vez en mi alma sorprendí vacilante  
el tipo de un ensueño formidable y gigante!  
(Al cabo, todo encuentra su objetivo final:  
la aguja encuentra el polo y el alma un ideal);  
sólo una vez sentí que en interiores lidias  
mi espíritu arrastraban, no sé qué ansias y envidias;  
sólo una vez propuse mi nombre al porvenir;  
sólo una vez no ansié sin renombre morir;  
sólo una vez en mi alma se bosquejó completa  
de un supremo ideal la enorme silueta;  
espectáculo augusto! Visión bañada en luz!  
Grande contemplación!: era Cristo en la Cruz!

siar un discurso racista refiriendo la persistencia y la resistencia como las más excelsas cualidades compartidas en la historia.

Según Georges Bataille, la regla de conducta que prevaleció en la vida de Friedrich Nietzsche fue “no frecuentar a nadie que esté comprometido en esa farsa desvergonzada de las razas”<sup>58</sup>. Es decir, aunque el filósofo alemán haya considerado que la guerra tenía un componente benéfico, aunque haya glorificado la belleza en la fuerza corporal y en la vida arriesgada y turbulenta, aunque escarnecía la bondad, la piedad, la ausencia de virilidad y desenmascaraba la hipocresía; sería difícil responsabilizarlo, por ejemplo, del holocausto nazi. ¿Tendría Franz Tamayo alguna responsabilidad similar en provocar que ciertas tendencias indigenistas o culturalistas en Bolivia pudiesen desembocar en prácticas totalitarias cegadas por el racismo? La respuesta como en el caso de Nietzsche es la misma: *no*.

Y también como en el caso del filósofo alemán, si la enfermedad, la ceguera y la precariedad de salud más sorprendente reflejan una imagen especular antitética que proclama el “superhombre”; de igual forma, los lujos de hacendado, una cultura clásica vastísima, la vida en Europa, una esposa francesa, el dominio de varios idiomas, la posible misantropía o al menos la aversión a las clases pudientes y blancoideas de su tiempo, además de otras características peculiares de la vida de Tamayo, es posible que fueran reflejadas especularmente formando imágenes antitéticas: la proclama de la raza del indio como la raza superior de América. Por lo demás, no es apropiado desconocer ni negar a ningún discurso *racista*, por muy convincente que pueda parecer la explicación psicoanalítica de su origen y de su contenido, que evidencie la posibilidad de motivar no sólo riesgos sino efectos sociales y políticos claramente antidemocráticos.

El racismo holístico aglutina tanto a la transcripción biológica antes expuesta como a la transcripción social referida por Michel Foucault. Según el filósofo francés, la transcripción social del racismo se habría efectuado de manera relevante, en el pensamiento marxista. En efecto, Marx habría convertido el discurso de la “guerra de las razas” en la ideología de la “lucha de clases”, remozando el viejo racismo totalitario y dando lugar a lo que ulteriormente se convertiría en la burocracia todopoderosa del marxismo soviético o chino, con oscuros personajes de la historia del siglo XX como Josep Stalin o Mao Tse Tung.

Dicho racismo se ensañó no solamente contra quienes opusieron aun la mínima resistencia a los regímenes totalitarios, los supuestos *contrarrevolucionarios*; reprimió también a quienes eran visualizados como las víctimas de su enervado odio racial: los enfermos, los desviados, los creyentes, los ho-

---

<sup>58</sup> “Nietzsche y el nacional-socialismo”. En *Revista de la Cultura de Occidente* N° 113-5, pp. 578-83. Bataille afirma que “Nietzsche debe ser lavado de la mancha nazi”, p. 582.

mosexuales y los locos<sup>59</sup>. Aquí radica, probablemente, la explicación de la connivencia fáctica de dos discursos que, siendo aparentemente del todo diferentes, compartirían la misma matriz teórica de donde provendrían: la pulsión *racista*. Se trata, por una parte, de los discursos con connotaciones étnicas, indigenistas, culturalistas o populistas del más procaz y acerbo contenido intelectual; y, por otra parte, los discursos teóricos que, refiriendo categorías como la revolución, la justicia, el cambio o el socialismo, rebosarían de alambicadas y permisivas sutilezas ideológicas. En breve, el racismo de Tamayo no es reactivo a una connivencia provechosa, por ejemplo, con discursos marxistas a ultranza.

Las especulaciones filosóficas de Tamayo sobre la historia, sus referencias a cómo la sangre india salvaría América, y América se constituiría en la salvación de Europa y del mundo, son aseveraciones que se sumergen en visiones oníricas de inspiración poética. Por ejemplo, en 1924, escribió que en “América las generaciones deben preparar la vida como si un día el viejo mundo debiera sumergirse en el océano y dejarnos solos en el planeta”<sup>60</sup>. En su inspiración, puesto que es dificultoso visualizarla como una opinión, la fuerza de la raza india inauguraría una nueva era de la humanidad. Así, la colonia española habría dado lugar a que en nuevas tierras, nuevos hombres –los mestizos- sean protagonistas de un comienzo o un nuevo tiempo inclusive para la civilización europea y cristiana<sup>61</sup>.

Según Tamayo, la regla histórica de América sería el mestizaje. Se trataría de una fatalidad en la que perviviría latente la energía del indio, haciendo gala inclusive de modo indirecto, de su superioridad broncínea e indeleble. Si la historia fuese el factor *temporal*, correspondería al medio ambiente constituirse en el factor *espacial*; ambos formarían el alma americana. Ésta se habría afirmado dando lugar a las voluntades, a las ideas, a las capacidades y a los sentimientos colectivos que, formando la patria americana en sus diferentes y específicas manifestaciones, hubiese pergeñado determinadas aspiraciones e ideales.

En Bolivia, la historia y el medio geográfico serían el contexto en el que se corrugarían indios, mestizos y blancos; la energía sería vernácula, esto es, indígena; lo mismo que la fuerza. Ambas se mantendrían en el mestizo que aparecería entonces como el tronco común de la nacionalidad: crisol donde se fundirían las identidades, aglutinando a los hombres y minimizando las diferencias<sup>62</sup>. Así, resultaría absurdo tanto para el blanco como para el mes-

---

<sup>59</sup> *Genealogía del racismo*. Op. Cit., p. 66.

<sup>60</sup> *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. Op. Cit. 2º Fasc., p. 146.

<sup>61</sup> “El segundo capítulo de la civilización cristiano-europea comienza con el primer descubrimiento geográfico y la primera colonia. Nuevas tierras, nuevos hombres, nuevos tiempos, todo está preparado para una nueva era”. Ídem. 1º Fasc., p. 128.

<sup>62</sup> “Tratándose de la formación del carácter nacional, blancos, mestizos e indios de América, todos tenemos dos factores poderosísimos en común: la historia y el medio... una voluntad anónima y poderosa se desprende de la tierra, y en ella se funden como en

tizo tratar de destruir, despreciar, humillar o desconocer al indio, habida cuenta de que su propia subsistencia material y espiritual dependería de la pervivencia y acción de la raza india<sup>63</sup>.

Pero, para Tamayo, el mestizo habría perdido parcialmente la fuerza y la energía primigenia del indio. Sin embargo, como producto del hibridismo entre la raza blanca y la raza indígena, el mestizo representaría la reafirmación de la fuerza y de los rasgos nativos<sup>64</sup>. Debido a que contendría más de indio que de blanco, el mestizo boliviano sería también el depositario de la energía nacional. La oportunidad que, en consecuencia, el mestizo brindaría a la historia de Bolivia, sería que gracias a él podría cumplirse la *ley biológica* que postula que toda colectividad se realiza dinamizando la energía que le es propia. Esta “ley” se plasmaría en el genio de la raza, en la que inspira determinados rasgos como la moral y la inteligencia, las costumbres, los gustos, las tendencias, las afinidades y las repulsiones. Rasgos que expresarían el carácter nacional y serían constitutivos de la sociedad en la historia.

Debido a que la inteligencia del mestizo sería superior a la del indio<sup>65</sup>, una pedagogía de máxima disciplina podría lograr, según Tamayo, formar al

---

un océano, todas las corrientes humanas, ya volitivas, ya intelectuales, ya sentimentales. Y éste es el verdadero concepto de las patrias, y es así cómo los elementos más heterogéneos y heteróclitos, al cabo de tiempo acaban por comulgar, movido por un resorte invisible, en la misma aspiración y en el mismo ideal... nuestro blanco se imagina tácita o expresamente, estar a una distancia inmensa de nuestro indio; y no solamente se imagina esto, sino que, en este falso criterio, va hasta no abrigar para el indio otro sentimiento que el desprecio, o en mejor caso, la indiferencia... Ignora que si es verdad que ha conservado en su mente y en algunos caracteres físicos, muchas apariencias españolas, existe en su naturaleza un substratum distinto, tan hondo y tan fuerte que es o será en definitiva, el fondo mismo de su ser”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XLIV, pp. 152-3.

<sup>63</sup> “El blanco, inconscientemente, desde Pizarro y Balboa hasta nuestros días, se da cuenta de... su irremediable declinación futura. (...)... Ahora bien, es de este contraste histórico, de esta lucha de sangres que ha nacido el actual estado de cosas en América. ¿Cómo explicar el odio real y el desprecio aparente del blanco por el indio? Es el rencor previo de quien se sabe condenado a claudicar y plegar un día ante el vencido de ayer; y es este sentimiento malsano que se ha traducido en inhumanas leyes coloniales y, lo que es peor, en absurdas costumbres privadas y públicas; y es él que ha creado, tratándose concretamente de Bolivia, este incomprensible estado, de una nación que vive de algo y de alguien y que a la vez pone un empeño sensible en destruir y aniquilar ese algo y ese alguien. (...)...estamos tocando los resortes más recónditos de la Filosofía de la Historia...”. Ídem. Cap. XVIII, pp. 61-2.

<sup>64</sup> En el editorial del 18 de agosto de 1910, Tamayo escribió: “...el indio está, como el blanco, por otras razones en parte conocidas, en parte desconocidas, condenado a un cruce paulatino y fatal, que le permita permanecer como raza y no desaparecer del todo... En tales condiciones, habría un movimiento y una dirección de mestizaje que se cumpliría irremediablemente en América, y que a ser verdaderos importarían la verificación de una ley histórica, verificación fecundísima en consecuencias de todo género; porque cuando una nación ha llegado a interpretar su verdadera regla histórica, sucede que el esfuerzo unánime de la nación se dirige ya conscientemente al cumplimiento de la fatalidad histórica que es su destino y es el más sólido cimiento de la conciencia nacional”. Ídem. Cap. XXVII, p. 91.

<sup>65</sup> “Cuando hablamos de la inteligencia europea, son sus formas y moldes mismos que volvemos a encontrar en el mestizo. No se trata simplemente de la importación más o menos artificial de nociones y conceptos extranjeros dentro de una mente indígena y

mestizo convirtiéndolo en buen comerciante, artesano y obrero; también sería posible esperar que los mestizos fuesen escritores, abogados, médicos y profesionales de desempeño adecuado, e inclusive, artistas más o menos destacados. Tal pedagogía específica debería insistir en la moral del mestizo, instruyéndole con contenidos útiles y prácticos. Por lo demás, su perfil psicológico indeseable, extremado en el cholo y motivado por el deleznable acervo cultural europeo, tendría que reorientarse, de manera que sea posible recuperar y proyectar la energía indígena que dormiría en él. La educación mestiza debería descubrir las raíces autóctonas latentes para hacer del mestizo el constructor más importante del futuro de Bolivia<sup>66</sup>.

Sobre el problema de qué y cómo enseñar al mestizo, Tamayo insiste en encarar la labor como una tarea educativa de importante alcance y profundas consecuencias. Se trataría de disciplinarlo para reconducir su moral, de formar su intelecto y de cultivar su inteligencia. Habría que educarlo para que construya el país, para que contribuya a conformar el sentido de la patria y para que busque la comunión de los elementos heterogéneos, conducentes a aspiraciones e ideales compartidos. Tal disciplina y formación moral sería mucho más necesaria y rígida en lo que concierne a la educación del cholo.

Según Tamayo, el “cholo”, es decir, el mestizo letrado, representaría, una expresión baja de la mezcla de las sangres. Carente de las cualidades primordiales que marcarían la diferencia propia de las razas superiores, evidenciaría en sus actitudes, un carácter ambicioso, jímio, vicioso e insustancial. Sería el portador por excelencia de la corrupción y el abanderado de la demoralización; aspirante a ministro, coronel u obispo, sólo llegaría a ser con mucho esfuerzo y pocos escrúpulos, empleado público identificado por su mediocridad, hábil, sin embargo, para esconder sus sentimientos envenenados, su envidia y sus pretensiones.

Los cholos formarían un ejército de individuos improductivos, socialmente parasitarios y políticamente peligrosos, dispuestos a enfrentarse al blancoide empleando cualquier medio, aunque sea para alcanzar esmirriadas aspiraciones de promoción social. Aprender a leer y escribir habría facilitado que el

---

distinta. El mestizo, aún antes de ponerse en directo contacto, sea por los libros, sea por el trato de hombres, con las ideas europeas ya lleva en sí una inteligencia nativa, cuya estofa prima no se diferencia de manera sustancial de la europea. El mestizo americano, aunque no haya salido de América ni haya cultivado su inteligencia, apenas comienza a concebir, tuerto o derecho, común u original, lo que concibe tiene siempre un módulo y un sello europeo”. Ídem. Cap. XXVIII, pp. 93.

<sup>66</sup> “Y es así cómo la colonia, después de tiempo, mestiza ya de naturaleza, sigue siendo española de ideas, y encerrando su nueva alma dentro de criterios del todo ajenos... ¿En virtud de qué leyes etnológicas se cumplen estos fenómenos? No se sabe precisamente; pero el hecho del mestizaje interpretado así, es innegable... Si en la evolución que llamamos mestizaje sucede esto con las ideas, no sucede lo mismo con los sentimientos. El mestizo, que sigue ciegamente siendo español de ideas, no lo es más de corazón. Este es un punto muy importante de la psicología americana. El primer sentimiento trascendente libertario contra la metrópoli, no ha debido nacer en un pecho indio ni en uno español, sino en uno mestizo”. Ídem. Cap. XLII, p. 144.

mestizo se aproxime a la civilización occidental, a las costumbres y a los prejuicios de la Bolivia de principios del siglo XX, dando como resultado el cuadro descrito.

Hay, sin duda, abundancia de especulaciones teóricas en los editoriales de Tamayo de 1910 y en otras obras. Fue discutible en su tiempo, y hoy es muy difícil de aceptar, por ejemplo, que la energía nacional esté sustentada por la raza india, que se trataría de una energía que no se compra, que no se importa ni se copia; que los indios la habrían preservado de manera tal que siendo patente en el tiempo Tamayo, ofrecería por primera vez a Bolivia, la oportunidad de constituirse en una nación con carácter vigoroso, propio y forjado de manera consciente y compartida.

El pensador boliviano deja advertir, asimismo, múltiples, eclécticas y obsecuentes influencias filosóficas, expresando, varias veces, tanto contenidos místicos, gestos románticos y ademanes estéticos muy trabajados, como expresiones de notoria fuerza teórica, manifestaciones del pensamiento clásico y las intenciones de dotar a sus proposiciones de cierto valor *científico*<sup>67</sup>. En fin, a pesar de que hoy se conocen las nefastas consecuencias políticas de los discursos racistas, pese a que su sustentación es genéticamente arbitraria, no deja de ser sugestivo que el temperamento, la personalidad, las condiciones sociales de vida de Tamayo, su experiencia personal y de clase, sus prejuicios y sus motivaciones, hayan redundado en la explicitación de cierto racismo que por algunos intelectuales y actores históricos, hoy es sobreentendido como válido y compartido tanto de modo verbal, como con las actitudes que lo expresan.

Sin embargo, pese a la notoria arbitrariedad teórica de una parte considerable de las aseveraciones de la *Creación de la pedagogía nacional*, al margen del valor literario, lírico y romántico de las expresiones de Tamayo manifiestas en ésta y en otras obras; sus proposiciones educativas, su demanda de construcción de la conciencia nacional, y su interpelación a despertar cierta energía racial, no dejan de ser sugestivas.

---

<sup>67</sup> Como ejemplos adicionales del pensamiento especulativo, circunstancial y rebotante de arbitrariedad teórica, proposiciones carentes de un sustento empírico razonable, y expresivas de los prejuicios del autor; se ofrecen los siguientes: En *Creación de la pedagogía nacional*, Tamayo escribió: "...todo el genio de la raza está en el individuo, lo mismo que toda la encina está en la bellota". (Op. Cit. Cap. XLIV, p. 151). "El indio es el depositario del noventa por ciento de la energía nacional" (Ídem. Cap. XVII, p. 58).

"El hombre cambia; pero las ideas permanecen". (Ídem. Cap. XLII, p. 144). También: "la historia no se repite jamás, ni en política ni en nada". (Ídem. Cap. I, p. 6). Otros ejemplos, publicados en 1905 y 1924 respectivamente, en *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*, son los siguientes: "La cólera de los filósofos contra la muchedumbre es siempre injusta. Tanto derecho e igual necesidad tienen de ser comprendidos el filósofo como la canalla". (1º Fasc. Op. Cit., p. 131). También: "En general por el sentimiento nos aproximamos a las bestias y por el pensamiento a los dioses". (Ídem, 2º Fasc., p. 154).

Que crea que la identidad boliviana deba construirse contra un perfil individual y colectivo marcado por el enclaustramiento, la inferioridad y el victimismo, producto de conquistas y usurpaciones sucesivas desde el colonialismo español hasta la tragedia del Chaco de la que Tamayo también fue testigo; no carece de interés social, político e inclusive psicológico. En este sentido, todavía resuena el imperativo de que el boliviano sea una persona que sepa lo que quiere y sea capaz de juzgarse. Por otra parte, sin duda, también tiene valor estudiar las características, las tendencias y los perfiles de los destinatarios de la educación. Por ejemplo, es imprescindible considerar las condiciones económicas, sociales e ideológicas en las que se desarrolla la formación del indio. Pero, siguiendo esta argumentación, hacer radicar en la raza indígena, la energía para “crear” una pedagogía nacional, exenta de los valores pedantes de los educadores bolivianos, una *pedagogía* que según Tamayo sería “axial” para que el boliviano adquiriera conciencia de su fuerza individual y nacional, comprenda la vida como lucha por la existencia y realice el ideal de “haceos fuertes”<sup>68</sup>; es, hoy, por lo menos, una pretensión decimonónica de tono rimbombante carente de factibilidad.

Por lo demás, ¿cómo es posible comprender el sentido del racismo de Franz Tamayo y cómo es dable valorarlo? Según lo que él mismo refiere, sus aseveraciones serían una “filosofía”, su *filosofía de la historia*, su visión original y propia dedicada a *formar* la conciencia nacional. Si la construcción de dicha conciencia debe partir del reconocimiento de los sujetos que son depositarios de la energía invencible –los indios– la historia obligaría, con una dosis suficiente de prejuicios, a imaginar el pasado como una narración idealizada y romántica.

Se trataría de la propia visión de Tamayo que, coloreada en su imaginario poético como “leyenda rosa”, presentaría una utopía de regresión: es decir, el final anhelado colectivamente por los indios implicaría volver a un mundo que nunca existió. Es muy difícil aceptar que tal regresión, como insinúa Tamayo, fuese inevitable.

Pero, no deja de latir el peligro de que quienes creyesen en tales ilusiones, o aun peor, las utilizaran para fines de manipulación política, se adscribirían o motivarían a hacerlo, para que, de manera entusiasta, surjan los reclutas de una mesiánica guerra de razas, una “lucha de sangres” cobijándose en discursos ramplones que se agotan en la repetición de que la opresión secular del indio justificaría tal reacción. De cualquier forma, la actitud pedagógica y paternal de Tamayo como formador del indio y de los mestizos para beneficio de la patria, pese a ser evidentemente preferible, no parece disponer de la fuerza suficiente para controlar tal peligro y tal furia racial que el propio discurso del escritor habría despertado.

---

<sup>68</sup> “El nuevo oráculo délfico que habrá que grabar sobre la portada de nuestras escuelas, no será el de *haceos sabios*, sino el de *haceos fuertes*. Ésta es la solución del problema total de la vida”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit. Cap. XII, p. 42.



*Hay una meditativa tristeza en la mirada...*

## BIBLIOGRAFÍA

BAPTISTA GUMUCIO, Mariano.

*Yo fui el orgullo: Vida y pensamiento de Franz Tamayo*. Los Amigos del Libro. 2ª ed. La Paz y Cochabamba, 1983.

*Franz Tamayo: el pensador*. Editorial Khana Cruz. La Paz, 1980.

“Prólogo” y “Cronología”. En *Franz Tamayo: Obra escogida*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1979. Respectivamente, pp. IX-LIV y 257-347. La cronología fue ampliada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

BATAILLE, Georges.

“Nietzsche y el nacionalsocialismo”. En *Revista de la Cultura de Occidente* N° 113-5. Bogotá, 1969. pp. 578-83.

BLANCO CATACOR, Federico.

“Tamayo y la pedagogía nacional”. En *Signo: Una revista boliviana de cultura*. Dirigida por Juan Quiroz. La Paz, enero-febrero de 1957. N° 2, pp. 56-66.

DELEUZE, Gilles.

*Nietzsche y la filosofía*. Trad. Carmen Artal. Editorial Anagrama. 2ª edición. Barcelona, 1986.

DÍAZ ARGUEDAS, Julio.

*Franz Tamayo: Poeta filósofo. Bio-bibliografía*. Editorial Isla. La Paz, 1967.

DIEZ DE MEDINA, Fernando.

*Franz Tamayo: Hechicero del Ande* [1942]. Juventud. 4ª ed. La Paz, 1986.

ESCOBARI CUSICANQUI, Jorge.

*Historia diplomática de Bolivia*. Dos volúmenes. Editorial del Consejo Nacional de Educación Superior. La Paz, 1978.

FELLMANN VELARDE, José.

*Historia de Bolivia*. Tres volúmenes. Los Amigos del Libro, Cochabamba, 1981.

*Historia de la cultura boliviana: Fundamentos socio-políticos*. Editorial Los Amigos del Libro. Cochabamba, 1976.

FERNÁNDEZ NARANJO, Nicolás.

*Concepción del mundo e ideas filosóficas de Franz Tamayo*. Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz. Año 1966.

FOUCAULT, Michel.

*Genealogía del racismo*. (Once lecciones en el Collège de France en 1976). Trad. Alfredo Tzevebely. La Piqueta. Madrid, 1992. Hay una edición con el título *Defender la sociedad*, Trad. Horacio Pons. Fondo de Cultura Económica. 2ª reimpresión. México. Año 2001.

FRANCOVICH, Guillermo.

*La filosofía en Bolivia*. Librería Editorial Juventud. 4ª ed. La Paz, 1998.

*Correspondencias*. Librería Editorial Juventud. La Paz, 1983.

GUZMÁN ARCE, Humberto.

“Aportes de Tamayo a la sociología”. En *Signo: Una revista boliviana de cultura*. Dirigida por Juan Quiroz. La Paz, enero-febrero de 1957. N° 2, pp. 50-5.

LOZADA, Blithz.

“La educación del indio en la *Creación de la pedagogía nacional*”. En *Kollasuyo*, Revista de la carrera de Filosofía. UMSA. 4ª época. N° 1. La Paz, 1987, pp. 41-53.

“Nietzsche, la *utopía andina* y la concepción aymara de la historia”. *Logos* N° 1. Asociación de Docentes de la Facultad de Humanidades. 2ª época. La Paz, 1993, pp. 26-31.

“Indios, tierra y violencia”. *Logos* N° 2, Asociación de Docentes de la Facultad de Humanidades. Año 2, 3ª época. La Paz, 1997, pp. 23-7.

“Orientaciones de la filosofía política para la transformación del sistema educativo”. En *Estudios Bolivianos* N° 11. IEB-UMSA, La Paz, 2004, pp. 39-120.

*La educación intercultural en Bolivia: Valoración de experiencias y proyección política*. Universidad Mayor de San Andrés, IEB. La Paz, 2005.

*La transformación de la educación secundaria en Bolivia*. Instituto de Estudios Bolivianos. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, 2006.

*La formación docente en Bolivia*. IESALC-UNESCO y Ministerio de Educación de Bolivia. Editorial Multimac. La Paz, 2005.

*Diseño curricular y desempeño docente*. Instituto de Estudios Bolivianos. Cuaderno de Investigación N° 11. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, 2006.

*Cosmovisión, historia y política en los Andes*. Volumen 8 de la Colección de la Maestría en Historias Andinas y Amazónicas. Colegio de Historiadores de Bolivia. CIMA. 2ª ed. La Paz, 2008.

*Filosofía de la historia I: Ensayos sobre el retorno, la utopía y el final de la historia*. Instituto de Estudios Bolivianos. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz. Año 2009.

LOZADA, Blithz & DOMIC, Galia.

*Herencias culturales y educación para el cambio: Un inventario filosófico*. Instituto de Estudios Bolivianos. Cuaderno de Investigaciones N° 3. UMSA. La Paz, 1998.

LOZADA, Blithz & IVANOVIĆ, María Emma.

“La irrupción de la conquista española sobre el ser del hombre andino”. En *Memoria del I Encuentro Boliviano de Filosofía*. UMSA. La Paz, 1988, pp. 175-99.

MARTÍNEZ SALGUERO, Jaime

*Tamayo, el hombre y la obra*. Editorial Juventud. La Paz, 1991.

MEDINA, Javier.

*Diálogo de sordos: Occidente e indianidad. Una aproximación conceptual a la educación intercultural y bilingüe*. Editorial del CEBIAE. La Paz, 2000.

MESA, José de; GISBERT, Teresa & MESA GISBERT, Carlos.

*Historia de Bolivia*. Editorial Gisbert S.A. 3ª ed. actualizada. La Paz, 1999.

NIETZSCHE, Friedrich.

*Así hablaba Zarathustra: Un libro para todos y para nadie*. Porrúa. Sepan Cuantos. México, 1983. Cfr. Trad. de Pedro González-Blanco. Editorial Nacional. México, 1977.

*La genealogía de la moral: Un escrito polémico*. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial. Colección Clásicos. 14ª Reimp. Madrid, 1992.

OBLITAS FERNÁNDEZ, Edgar.

*Franz Tamayo y la ley capital*. Editorial Grafi-car. Cochabamba, 1999.

PALZA SOLIZ, Humberto.

“Comentarios a la *Creación de la pedagogía nacional*”. En *Fundamentos de la extensión universitaria*. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, 1963.

PRUDENCIO, Roberto.

“Escritores bolivianos: Franz Tamayo”. En *Kollasuyo: Revista de la Escuela de Filosofía y Letras*. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, julio-agosto de 1944. Nº 55, pp. 83-88.

RIVADENEIRA PRADA, Raúl.

*Escritores en su tinta*. Véanse dos artículos: “Franz Tamayo en el periodismo boliviano” y “Soberbia y humildad en Franz Tamayo”. Editorial Greco. La Paz, 2009, pp. 29-68.

REYNAGA, Fausto.

*Franz Tamayo y la revolución boliviana*. 1ª ed. La Paz, 1956.

ROCA, José Luis.

“Bolivia en Arguedas y Tamayo”. En *Anuario de Estudios Americanos*. Separata del tomo XXVI: Historiografía y bibliografía americanista. Sevilla, 1969.

SEGUNDO GUZMÁN, Felipe.

*El problema pedagógico en Bolivia*. Imprenta Velarde. La Paz, 1910.

TAMAYO, Franz.

*Franz Tamayo: Obra escogida*. Selección, prólogo y cronología de Mariano Baptista Gumucio. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1979.

*Odas* [1898: *Odas, verso y prosa*]. Editorial Juventud. La Paz, 1987.

*Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. En *Franz Tamayo: Obra escogida*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1979. pp. 109-84. El 1º fascículo se publicó en 1905; el 2º, en 1924.

*Doce artículos*. Imprenta Velarde. La Paz, 1909. Publicados originalmente en *El Tiempo*.

*Creación de la pedagogía nacional* [1910]. En *Franz Tamayo: Obra escogida*. Ayacucho. Caracas, 1979. pp. 3-107. 55 editoriales de *El Diario*.

*Creación de la pedagogía nacional*. Editorial Juventud. La Paz, 1986.

*Crítica del duelo* [1912] – *Horacio y el arte lírico* [1915]. Conferencias. Juventud. La Paz, 2000.

*La Prometheida o las Oceánides: Tragedia lírica* [1917]. Juventud. La Paz, 1986.

*Manifiesto radical del Presidente del Partido para los radicales*. Imprenta Velarde. La Paz, 1919.

*Franz Tamayo interpela a Ricardo Jaimes Freyre (La forzada mediterraneidad boliviana: Versión taquigráfica de un brillante choque mental entre dos grandes oradores)* [1922]. Editorial Juventud. La Paz, 1989.

*Nuevos Rubaiyat* [1927]. Editorial Juventud. La Paz, 1987.

*Scherzos* [1932]. Editorial Juventud. La Paz, 1987.

*Scopas* [1939]. Editorial Juventud. La Paz, 1987.

*Tamayo rinde cuenta* [1947] – *Para siempre* [1942]. Editorial Juventud. La Paz. Año 1987.

*Epigramas griegos* [1945]. Editorial Juventud. La Paz, 1986.

TAMAYO, Isaac.

*Habla Melgarejo*. Editorial Puerta del Sol. La Paz, 1967.

VELASCO ARAGÓN, Luis.

“Los grandes escritores andinos: Franz Tamayo”. En *Kollasuyo: Revista de la Escuela de Filosofía y Letras*. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, julio-agosto de 1944. Nº 55, pp. 51-62.

VIDAURRE, Juan José.

*Puerto para Bolivia: Antecedentes diplomáticos y bases de negociación*. Editorial Universo. La Paz, 1950.